

ESTUDIOS



Mme. VIGÉE-LEBRUN Y SU HIJA
Por Mme. Vigée-Lebrun
(Museo del Louvre)

Diciembre de 1928
50 céntimos

Más sobre el secreto de la Vida

Contestando a Sebastián Gomila

Esta disputa, en la que me veo enzarzado, tienen su origen, como sabe el lector, en el artículo de este fino escritor "El secreto de la vida", publicado en el número de junio último de esta Revista. En él, influido por ideas tendenciosas del abate Moreux, hacía tabla rasa de todas las hipótesis explicativas del origen de la vida, y por exclusión nos dejaba inermes a merced del *creacionismo*. Tomaba al microbio por el ser vivo más simple, y terminaba con esta frase metafísica: "Tengo para mí que, sin descubrir el misterio de la muerte, el secreto de la vida será eterno, un *non plus ultra* para la inteligencia humana."

Con el mismo epígrafe, y en el número correspondiente al mes de agosto, traté de demostrar que el microbio no es el ser más simple de los vivos, y que existían incluso formas invisibles para nuestros actuales medios. Al mismo tiempo, esbocé hipótesis explicativas del origen de la vida, en las que no había reparado ni el abate Moreux, ni su sugestionado lector Gomila.

Y por último, en el número de octubre, me dedicó Gomila un erudito y apabullante artículo titulado: «¿Se sabe tan poco!...»

La respuesta que envié para el número de noviembre se perdió en correos, y al salir de una molesta enfermedad, me veo precisado a rehacerla de memoria, pues no conservo ninguna nota ni borrador de la extraviada. "Nunca segundas partes fueron buenas."

Después de estas líneas pertinentes, y antes de entrar en materia, me interesa poner de re-

lieve los puntos siguientes de la réplica de Sebastián Gomila:

Primero. Yo, como Gomila, soy un espectador curioso de la Ciencia. No soy en modo alguno un investigador, y si estoy especializado, es sólo en el ejercicio de una profesión y como recurso para ganarme la vida. Si alguna superioridad nos separa, ella está de su parte. Reconozco mi inferioridad en dotes polémicas y hasta en documentación del tema.

Segundo. La verdad absoluta no existe ni en ciencia plasmogénica, ni en Ciencia pura. Lo categórico, lo rotundo, lo absoluto, no pertenece al dominio científico, sino al metafísico. Conviene deslindar los campos. De ningún modo consiento en entrar en los dominios del enmarañamiento filosófico, tan querido para quienes, de una cuestión sencilla, quieren hacer algo incomprensible, indescifrable y abstruso. Yo me conformo con lo relativo, y me doy por satisfecho con lo que la ciencia me dice de los fenómenos.

Tercero. Tindall y Pasteur combatieron la generación espontánea, pero no la derruyeron. No creo sea necesario repetir una vez más lo que ocurrió con el célebre experimento de Pasteur. Demostró únicamente que los gérmenes de la fermentación estaban en el aire. Yo invité al admirado Gomila a que demuestre la afirmación que con harta ligereza sienta en su primer artículo, al decir que, la aparición espontánea de la vida en nuestro globo, "ha sido victoriosamente combatida" (líneas 25 a 30 de la segunda columna, en la página 190), y

Cuarto. La afirmación "jse sabe tan poco!", capaz de paralizar, no a mí, que apenas me llamo Pedro, sino al más profundo y documentado de los sabios, ¿es una llamada a nuestra humildad biológica, un acicate para saber más, o, simplemente, una consigna para pasar de matute mercancia tan averiada como esa del creacionismo?

Convengamos en que no se pueden hacer afirmaciones categóricas; pero, al par y con el mismo fundamento, que tampoco se pueden hacer negaciones rotundas. Convengamos en que aun se sabe poco para tener la pretensión de haber resuelto el problema; pero también en que se sabe bastante para tentar explicaciones verosímiles y para no tener necesidad de teólogos y metafísicos. Convengamos en que si no se puede decir "esto es así", estamos en condiciones de proponer: "esto ha podido ser así".

He aquí, según mis cortos alcances, lo que en el terreno científico se puede sostener frente al secreto de la vida y al misterio de su origen.

La vida depende de un estado físico especial de la materia, el estado coloidal de una cierta composición química (albuminoides, hidratos de carbono, grasa) y de la cooperación de ciertos elementos, llamados fermentos, diastatas o encimas.

El estado coloidal, caracterizado por su elemento móvil, la micela, es indispensable a la vida, pero puede existir sin vehicular la vida, con iguales caracteres físico-químicos. La transición entre el coloide vivo y el no vivo, es insensible y de diferenciación casi imposible.

La química va familiarizándonos con las sustancias albuminoideas, cuya síntesis se creyó en un principio imposible, y que hoy ha sido posible incluso para algunos ácidos aminados, si que los más elementales. La molécula albuminoidea se caracteriza por su enorme complejidad, pudiendo constar de gran número de miles de átomos que pueden tener las más diversas y caprichosas combinaciones. La síntesis de los hidratos de carbono la produce la luz solar. Los rayos ultravioletas han bastado también para sintetizar algunos albuminoides. El problema de la síntesis albuminoidea no está resuelto con esto, ya que es innumerable el número de proteicos y ya que cada célula parece tener sus albuminoides propios. Pero los primeros pasos se han dado.

Los fermentos sabemos que obran precisamente por las impurezas minerales que contienen, inactivándose al ser privados de ellas. Tienen un enorme poder de reducción o de síntesis, desproporcionado con su masa insignificante. Estos fenómenos tienen su representación en el reino mineral, en la materia inanimada.

En suma, la vida, depende de una cierta composición y organización de la materia. El substractum de la vida es eso, complejidad de la materia. La ciencia no ha encontrado nada extraño a la materia, y los caracteres conocidos son bastantes a explicar esta modalidad de la energía.

Pero además, la diferencia entre lo vivo y lo no vivo, como entre la materia orgánica y la mineral, es imposible de sentar. Una gradación insensible separa los dos términos antitéticos. Ni siquiera aquí existe lo absoluto. Los fenómenos vitales, todos los fenómenos vitales, tienen su esbozo, su ensayo en lo inorgánico; la cristalización remeda un fenómeno vital. Los cristales de glicerina, tan semejantes a una célula en su actividad, tienen precisión para formarse de un germen. Recuerde el lector a este respecto los trabajos de Alberto Mary, a que se hace referencia en el artículo Solidaridad Biocósmica, aparecido precisamente en el mismo número de esta Revista que el artículo de Gomila que dió origen a esta polémica.

Las diferencias entre lo vivo y lo inerte son de índole metafísica, no existen en la realidad, ni las conoce la Ciencia. La transición ha sido lenta, el paso insensible, la evolución gradual. No hay por qué pensar en salto, en nacimiento brusco. *El secreto del origen de la Vida, no es otro que el de la misma evolución incesante.*

El mismo Pensamiento, función suprema de una célula llegada al mayor grado de complejidad, la neurona psíquica, tiene su ascendiente, su esbozo, su primer atisbo en los tropismos elementales, en la psicología orgánica, tan bien estudiada por Pierre JEAN, y que ya ha sido tratada en estas columnas.

Empeñarse en resolver el problema partiendo de formas alejadas y distantes, es pretender su insolubilidad. Es ya bastante que la Plasmogenia imite los fenómenos vitales y hasta las formas simples elementales. ¡Se sabe tan poco! Querer exigir que imite la herencia, como quería Forel, o pretender que haga homúnculos,

es querer sacar las cosas de quicio. Si nos empeñamos en no mirar las etapas intermedias, jamás comprenderemos, ni nos podremos explicar cómo de un óvulo se ha formado un hombre; cómo de los seres simples fosilizados en las formaciones de la época primaria, han podido derivarse todos los que hoy pueblan la tierra, incluso el hombre. Las diferencias en fuerza del tiempo, el alejamiento y la distancia, desaparecen hasta hacerse insensibles si se tienen en cuenta estos factores. La diferencia notable existente entre una célula nerviosa, por ejemplo, la neurona psíquica, generadora de la manifestación más elevada de la energía, el pensamiento, y una célula epidérmica, simple elemento de protección que se convierte en escama, desaparece hasta anularse si nos remontamos en su formación ontogénica, pues ambas proceden de la diferenciación del ectodermo.

El aforismo de Virchow, *toda célula procede de otra célula*, no puede tener un carácter absoluto, ni lo que hoy es exacto, es probable que lo haya sido siempre. En otras condiciones, una célula ha podido proceder de una formación más elemental, y en nuestro planeta las condiciones actuales no son las mismas que las pasadas.

Lo inerte no existe en la Naturaleza. La materia toda es dinámica, activa, sometida a un cambio y transformación incesante. La muerte sólo es tal en cuanto supone destrucción de la individualidad. No obstante, todas las resonancias que suele tener para nuestra afectividad, en la Naturaleza es un hecho trivial, sin trascendencia en la incesante integración y desintegración, en la transformación eterna. En cambio, en la metafísica, todos estos conceptos equivalen a otros tantos embrollos irresolubles. Para la Metafísica, la Vida será siempre un embrollo más. Seguirá haciendo juegos malabares con el alma, la fuerza vital, y los atributos divinos, mientras haya crédulos dispuestos a la fascinación.

Para quien sólo se satisface con verdades absolutas, la duda será perenne fuera de la fe. Equivoca el camino si sigue el de la Ciencia. Pero para quien se limita a lo relativo, y se satisface con el conocimiento de hechos, y se limita a una explicación racional de los fenómenos, la Ciencia puede dar convicciones hondas, aunque siempre provisionales. A mí me

basta, para saber a qué atenerme respecto a la índole de la electricidad, por ejemplo, con saber que es una corriente de electrones, unidades de materia-energía que han podido ser contados y pesados por el cálculo. A Sebastián Gomila, espíritu afanoso de Verdad, esto en nada aclara la esencia de la electricidad, que sigue siendo un misterio impenetrable. Ni que decir que no podemos llegar a entendernos. La disputa, por lo tanto, es baldía. A menos que para los lectores encierre alguna enseñanza este diverso modo de calmar el afán de saber.

ISAAC PUENTE



Sociedad Eutrofológica de Barcelona

Por medio de la presente hacemos saber a los naturistas en general, que ha quedado definitiva y legalmente constituida la Sociedad Eutrofológica de Barcelona. Esta Sociedad, como su nombre lo indica, tiene por objeto el estudio de la buena alimentación del hombre (Eutrofología) y su principal fin es el de propagar, por todos los medios posibles, los principios de esta nueva ciencia Vegetariano-Eutrofología.

La Junta Directiva quedó compuesta por las siguientes personas: Presidente, don Pedro Larena; Vice, don Ramón Boleda; Secretario, don Miguel Balauder; Tesorero, don Juan Boleda; Bibliotecario, don Ernesto Rumbau; Vocales: don Amadeo Colom, don Juan Martí y don Luis Balauder.

Se agradece a las Sociedades y personalidades naturistas que publiquen revistas naturistas, hagan llegar algún ejemplar a esta Sociedad, para la mesa de lectura. Lo mismo se les ruega a los autores de obras naturistas manden ejemplares de sus obras para la Biblioteca.

Un saludo fraternal a todos los naturistas del mundo.

Se ruega la publicación de esta nota en toda la Prensa naturista y simpatizante.

Para cuanto se relaciona con esta nueva entidad, dirigirse a su local social: Calle Roger de Flor, 95, 1.º, 1.ª, Barcelona, España, a nombre del Secretario, don Miguel Balauder.

CRONICA

La ausencia de espiritualidad

Irrita y humilla el triste y ruín aspecto que presenta el mundo moral de las multitudes a los diez años de terminada la guerra. Se habló mucho durante la guerra, de que se depurarían los valores, de que se hundiría nuestra civilización, desapareciendo para siempre todos los pilares de nuestra organización social, para dar vida a nuevos códigos y nuevas costumbres más en consonancia con nuestros instintos y con nuestras necesidades materiales y morales; en una palabra, que la guerra nos legaría el más inestimable de los bienes: una vida y una organización más verdaderas. Ya no iba a haber ejércitos descomunales, ni flotas monstruosas, ni códigos que convirtieran en letra sagrada las leyes que permiten el privilegio, la explotación de unos hombres por otros, ¡tantas iniquidades!... Mas... he aquí la paz, y nada de esto ha ocurrido. Y, lo que es más triste, no ocurrirá nunca. No sé dónde he leído que el estado normal del hombre es la guerra, y que la paz es sólo la pausa de preparación para una nueva guerra. Sea de ello lo que quiera, lo cierto sí es que las grandes ideas de bien, de justicia y de verdad, no consiguen tomar forma ni en los códigos ni en las costumbres, pese a las montañas de cadáveres que cuesta a la Humanidad cada hecatombe. Los hombres que murieron hace diez años en las trincheras, con un odio infernal en el corazón más que *al enemigo* a la brutal organización social que les obligaba a batirse, bajaron a sus sepulcros de barro creyendo que "aquella iba a ser la última guerra". Y, todavía calientes sus cenizas, como aquel que dice, ya no se habla de otra cosa que de la guerra futura, de los preparativos de las potencias, de los adelantos de la química y de la aviación, aplicados a los futuros conflictos... Y esto es lo que ahoga de indignación a los hombres de buena voluntad; esto es lo que entristece, esto es lo que hace dudar de que, alguna vez, aunque sea en remotísimos siglos venideros, el pensamiento del hombre sea capaz de redimirle de su miseria; ver que todos los ade-

lantos del progreso, todas las conquistas de la ciencia y del arte, todas las flores de nuestro espíritu, son inmediatamente aplicadas al arte de matar, aprovechadas con un fin homicida, y que todas las energías de los pueblos, todas las riquezas, todos los frutos del esfuerzo colosal de las muchedumbres, se guardan y se organizan para ser echadas a la hoguera asesina.

* * *

¡El mundo espiritual de la post-guerra!... Casi es una blasfemia emplear la palabra *espíritu* para analizar el alma actual de las multitudes. Si algo furiosamente odioso nos ha legado la gran guerra, es la adoración fetichista que hacia la riqueza, conseguida y lograda sea como sea, muestran todos los pueblos del orbe. El embrutecimiento nos viene, como nos viene el oro, de América del Norte. Puñetazo limpio, garrotazo limpio, puntapié limpio. Carreras y campeonatos estúpidos, esfuerzos necios, manifestaciones de la vida de una vaciedad y de una mentecatez absolutamente desesperante. Y, con ellos, libros tontos, ñoños, vacíos, estúpidamente blancos, historias de animales, bailes y meriendas de negros, costumbres excéntricas, derroches insultantes, todo el mundo innoble y crapuloso de una humanidad enriquecida hasta la fábula y que no sabe qué hacer de su riqueza. Pero lo peor, lo más horrible, lo más angustiante de todo, es que se ha asesinado el espíritu y toda manifestación espiritual. Las multitudes, al volverse groseramente materialistas, no es que desprecian las flores del alma, es que las persiguen y las pisan hasta matarlas. Un hombre que muestre la más pequeña fe en un ideal puro que levante tanto así del suelo, es mirado como "un pobre diablo", como un pobre soñador que no hará jamás nada de provecho en su vida. Las mismas mujeres se burlan de las manifestaciones espirituales en todas sus formas. Las ciudades muestran después de la guerra un aspecto de embrutecimiento colectivo que no se ha conocido jamás. Y este embrutecimiento general lo

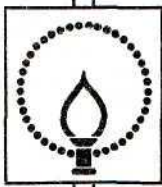
ha invadido todo, la ciencia y el arte también, encanallados y envilecidos, puesto que los dos se han puesto el lamentable cartel que hoy llevan todas las cosas de la vida: "Se da al que más pague..."

* * *

Hay dos clases de hombres en la humanidad: unos, la mayoría, el vulgo, conjunto grosero de animales primitivos, que se mueven sobre la tierra a ciegas, obedeciendo a los mandatos de su instinto; otros, una pequeñísima minoría, que se afana, sufre y lucha eternamente por arrancar la verdad y la belleza al mundo misterioso que nos rodea. Son los sabios, los artistas y los

poetas. Pero su número es tan pequeño, tan insignificante, que suponen menos en la humanidad que una gota de lluvia en la inmensidad del Océano. Y, por los siglos de los siglos, estos hombres-luces que van creando la ciencia, el arte y el Progreso—que el vulgo imbecil aprovecha sólo para su destrucción y su martirio—, se preguntarán con angustia, parodiando al poeta: "¿Dónde encontrar el ser superior, ennoblecido por el culto de la razón, haciendo el bien sin esperanza de recompensa, el hombre Dios que embellecerá el porvenir?..."

ANTONIO GUARDIOLA



De "Humano Ardor"

Capítulo de una novela argentina

Por Alberto Ghirardo

Como se ocupara nuestro corresponsal en Madrid, Emilio Mistral, de la novela argentina Humano Ardor, de Alberto Ghirardo, hemos creído conveniente para ilustración de los amigos que todavía no la hayan leído, reproducir uno de los hermosos capítulos que la componen, seguros de que nos lo agradecerán.

Humano Ardor es la mejor novela que se ha escrito describiendo el ambiente de lucha, y en un país donde las pasiones por las ideas son tan intensas que nadie puede sustraerse a ellas.

Este es el mejor elogio que podemos hacer de la novela de nuestro colaborador Alberto Ghirardo, y que cada uno juzgue después.

Brota el amor

Desde un jardín provinciano había llegado a Buenos Aires, en forma de mujer, una flor tucumana cuyo destino parecía el de perfumar de amor la existencia del formidable combatiente que era ya a la sazón el héroe de este relato.

El Trabajo, a quien ahora dedicaba Salvador todo su tiempo, le había alejado completamente de la vida bohemia donde estuviera a punto de zozobrar.

Con excepción del poeta, *Mimi* y *Lola la Marquesita*, que solían visitarle en grupo cuando el primero le llevaba algún soneto—nunca pasó de catorce líneas su colaboración—

para publicar en la edición literaria—soneto que debía ser abonado inmediatamente, porque esa era la condición inquebrantable impuesta por el autor—, no veía ya a ninguno de los amigos del *Café Cosmopolita*.

Alguna noche, una ráfaga nostálgica le perturbó un instante; pero el vértigo de la lucha le envolvía, sofocando el primer impulso que le hubiera llevado directamente al sitio donde tantas horas indolentemente amables o alegremente borrascosas pasara.

Una tarde, al bajar al comedor de su casa—levantábase a esas horas porque la tarea periodística le absorbía hasta las primeras de la madrugada—para almorzar junto a la madre que le esperaba siempre, deseosa de conversar con

el hijo en el único momento que tenía de tranquilidad diaria, la gran mujer le sorprendió gratamente con una presentación:

—Tu prima Angélica que acaba de llegar y quiere conocerte.

Y a ésta:

—Ahí lo tienes. Este es tu primo Salvador. Abrazale.

Y la madre, sin pensarlo, juntó en aquel momento dos corazones.

* * *

La prima Angélica era una maravilla de muchacha.

Gentil, fina, morena, ojos de abismo, con luz espiritual en toda su persona, diríase un producto quintaesenciado del trópico.

Salvador entrevió en ella a la novia ideal de sus ensueños, la mujer toda pasión, capaz de llenar la inmensidad de sus ansias amorosas.

La novia ideal, la mujer de sus sueños, acababa de presentarse ante sus ojos de iluminado. Surgía radiante, magnífica, perfecta, la musa perturbadora, carne y espíritu, símbolo admirable del amor verdadero.

Y en el fondo de su ser sintió Salvador que algo fundamental lo conmovía, agigantándolo como hombre.

Era la pasión que aparecía envolviéndolo en sus ondas.

* * *

A pesar de la sutileza de su espíritu y de la penetración que demostraba para todas las cosas, la madre de Salvador no vió en los primeros momentos de la entrevista con Angélica la impresión profunda causada en el ánimo de su hijo por la presencia de la gentil muchacha.

Al fin era madre, y los ojos de las madres suelen equivocarse cuando se trata de estas cosas.

Ella veía en la bellísima parienta una hija más, y, como tal, la consideró al recibirla en su casa.

En cambio, Salvador sintió en su presencia el golpe amoroso que debía sacudirlo hasta lo más hondo de su temperamento pasional.

Los devaneos superficiales de Salvador con las mujeres frívolas y fáciles que había encontrado en su camino, y aun la aventura con *la Marquesita*, de más serias apariencias, habían

sido sólo como ensayos o preludios del gran capítulo amoroso que iba a iniciarse en el libro de su vida.

Desde el primer instante del conocimiento con su prima, él tuvo la evidencia de que el amor acababa de revelársele.

Bella y valiente era la joven. Había venido hacia él conociéndole en espíritu, amándole en secreto desde el rincón provinciano—aquel jardín de la república, como denominó un alto poeta al Tucumán florido que fué su cuna—, sabiendo de sus dolores, de sus arreos de combatiente, de sus idealismos sin arretula, de su inmensa fe de poeta en la bondad y la belleza. Cuando le vió, ella sabía que le amaba ya...

Al encontrarse frente a frente del amado, podía decirle:

—Tú amas a los tristes y los levantas de su abyección. Yo te amo a ti y para ti guardo el fuego de mis caricias. Tú eres fuerte y, en defensa de los que sufren hambre y sed de justicia, blandes tu espada radiante de joven e irreducible combatiente. Yo en el filo de tu espada pongo la flor de mis afectos y perfume el camino áspero por el que marchas. Oleo y perfume soy, suavidad y gracia para tu vida dolorosa y violenta. Soy el amor que vigila, que acompaña, que ilumina y que ampara. ¡Tómame!

* * *

Salvador ama y sufre. Sufre porque cada vez la vida le presenta mayor número de obstáculos para su conquista y porque a medida que avance en su camino de luchador y de rebelde, más abrupto será ese camino, más abrojales tendrán que atravesar sus pies que ya sangran, más puñales amenazarán su pecho desnudo, más sinsabores tendrá que ocasionar a los seres que le rodean y quieren.

La madre y la hermana—esa hermana que ha crecido a su lado como una flor exquisita, impregnada de sus ideas como de propio perfume; esa hermana que será consuelo, alivio y luz de bondad en su borrasca—sufren también y en silencio porque comprenden. Comprenden que aquel hombre tan fuerte y tan altivo se encontrará un día sin compañeros que puedan seguirle, cercado por todas las fuerzas de la ignorancia ambiente, por todas las injusticias de una sociedad organizada so-

bre la violencia y que, creyéndose amenazada en sus bases, echará mano de todos los recursos para anularlo o vencerlo.

Y la lucha bárbara, en su período más enconado, comienza en el preciso instante en que por primera vez Salvador encuentra el amor en su camino. La novia ideal, aquel vaso de pureza, sufrirá por su culpa los encontronazos sin compasión de su dolorosa suerte.

Y ésta ha de ensañarse con él. Porque la suerte es adversa siempre con los seres de luz que no saben rastrear el suelo; con las inteligencias altivas que, por altivas y reveladoras, flotan siempre en regiones de tempestad.



Absorbente, embargador, fulminante, como correspondía a su temperamento excesivo, apareció el amor en nuestro héroe.

Todavía repartía su tiempo entre la lucha y su amada; pero los compañeros habían notado ya un desvío en las tareas del periodista.

Alarmados por su actitud, indagaron la causa. Y supieron: Salvador estaba enamorado.

Todas las horas parecíanle pocas para dedicarlas a la mujer de sus sueños, aquella flor magnífica que aparecía en su camino como el más envidiable de los premios. ¡Cuánta dulzura, cuánta fe nueva, qué confortamiento en medio de tanta pena, de tanta amargura, de tanta desolación!

Había llegado a verse solo y triste; solo y triste porque se consideró abandonado por aquellos seres a quienes él creyó más afines; aquellos que estaban más cerca de su sentimiento familiar o amistoso.

Parientes y amigos que ayer se consideraban orgullosos de estar a su lado cuando el nombre del escritor joven empezó a brillar en las grandes publicaciones del país, habían llegado a desconocerle, a mirarle como a un extraño, y aun a negarle en absoluto cuando el peligro apareció cerniéndose en forma de tormenta sobre la cabeza audaz y bravía del combatiente.

El rompimiento definitivo con el tío Melchor, aquel hombre a quien tanto quería, a quien tanto había respetado, cuyos sentimientos consideró siempre puros, libres de todo egoísmo miserable, había colmado el vaso de su dolor.

Y era precisamente en ese minuto supremo de su vida, cuando la angustia desgarrante de las hondas desesperanzas le roía el noble espíritu, cuando surgía en su horizonte sombrío aquella figura de luz purísima, aquella extraordinaria mujer que él miraba como un regalo inapreciable del destino.

Nunca un amor más grande, más puro y más humano agitó un pecho joven, abierto a todas las ansias de la vida. ¡Oh, luz de pasión, fuego sagrado, llama inextinguible, hoguera inmortal!

ALBERTO GHIRALDO



Arte libre

A Juan Luis Domínguez, ferrocarrilero cultor de la pintura, devoto del Arte y excelente amigo.

El alma henchida de magnificencia nos abre luminosos horizontes en el extraño metapsiquismo de las sutiles sensaciones.

Esplendoroso alborar del Arte que es como condensación de soles. El arte libre que es verdad desnuda provista de magníficos colores.

Rebelde numen de entusiasmo lleno que a fuerza de luchar se impone y vive en la belleza de las cosas el efecto sublime de los hombres.

En la policromía del ocaso, cuando el artista en la luz se absorbe el libre esteta se transforma todo al ver radiante la Natura informe.

El verdadero artista no conoce las lindes ni conoce la neurosis de las cosas viejas. Tan sólo a renovar responde.

Renovarse e morir es el axioma que el arte libre en el Arte pone. Que todo arte con su savia nueva como una catarata se desborde.

La rebelión del Arte, del Arte sutil que la bondad esconde será el *leit motiv* del Arte excelso, razón potente de los precursores.

M. MEDINA GONZALEZ

DIVULGACIONES MÉDICAS

Cómo se evita y cómo se cura la sífilis

— CONTINUACIÓN —

Formas de contagio

El sífilítico es, pues, contagioso aun cuando no tenga ulceraciones, pero es muy contagioso cuando las tiene.

El contagio directo es, con mucho, el más frecuente, y se produce siempre que se pongan en contacto la mucosidad infectante con la piel o la mucosa, en las condiciones ya indicadas.

Se comprende entonces, que es un error el suponer que la sífilis es una enfermedad que se trasmite exclusivamente por los órganos genitales.

Esta forma de contagio es sólo la más frecuente. Se ha calculado que de cada diez casos de contagio de sífilis, nueve son de origen genital.

El coito es la gran causa de contagio. La más leve erosión de los órganos genitales puede dar lugar a la penetración de la spirochaeta y esta erosión puede producirse y se produce frecuentemente durante el mismo coito, de tal manera que es imposible preverla o evitarla en sí y en sus consecuencias.

Una mujer sana puede contagiar una sífilis si poco tiempo antes ha tenido relaciones sexuales con un sífilítico, pues en este caso las mucosidades infectantes permanecen por mucho tiempo en la vagina.

Los besos pueden inocular la sífilis, pues a menudo existen sobre los labios pequeñas grietas o erosiones no apreciables pero capaces de dar entrada a las spirochaetas.

Las relaciones sexuales anormalmente realizadas deben ser tenidas muy en cuenta, por la posibilidad de que las mucosidades bucales inoculen spirochaetas en cualquier parte de la superficie de la piel que esté ligeramente erosionada o en las superficies de las mucosas aun cuando estén completamente sanas.

La sífilis de las nodrizas puede ser inoculada al niño cuando mama y viceversa.

El contagio indirecto es menos frecuente

pero no por eso menos real. Las spirochaetas resisten poco a la disección, y el lavado con agua arrastra sin duda la mayoría de las que puedan ser depositadas en los diversos objetos que se usan diariamente. Si no fuera así, se podría asegurar que toda la humanidad estaría en este momento contaminada por la enfermedad. Pero cuando el transporte de las spirochaetas se hace en un breve lapso de tiempo, el contagio es relativamente fácil.

Entre todas las formas de contagio indirecto, *el producido por el mate* es sin duda el más temible. Por su intermedio se producen verdaderas epidemias familiares de sífilis cuando entre sus miembros o allegados hay un enfermo. Niños, ancianos, mujeres y varones, nadie se libra de la infección.

El contagio por los cubiertos es posible y relativamente fácil en el seno de la familia; puede ser considerado como raro con los cubiertos de los comedores comunes de hoteles, trenes, etc., sin duda por cuanto el lavado insignificante que de ellos se hace es sin embargo suficiente para arrastrar las spirochaetas.

Debe ser mencionada la probabilidad no muy lejana del *contagio por la navaja en las peluquerías*, tanto más probable cuanto que durante la operación de afeitar se producen numerosas pequeñas grietas en el cutis y en los folículos pilosos, por donde pueden penetrar las spirochaetas con facilidad.

El período de incubación y el período primario

La sífilis evoluciona en *períodos* que conviene conocer en síntesis: de *incubación, primario, secundario y terciario*.

Período de incubación. Cuando las spirochaetas han penetrado por un punto cualquiera del revestimiento cutáneo o mucoso, la infección se produce fatalmente, pero antes de que aparezcan sus primeros síntomas apreciables, transcurre un cierto tiempo durante el cual

nada revela su presencia. Se llama a este período *período de incubación*, y es de duración variable, pero se le puede asignar un término medio de veinticinco o treinta días. Nunca es menor de diez ni mayor de cuarenta. Cualquier ulceración que aparezca después de este tiempo y consecutiva a un contacto sospechoso, debe ser, pues, tenida en cuenta para las medidas de precaución y de cura de que hablaremos más adelante.

Durante el período de incubación puede curarse y desaparecer sin dejar rastros la pequeña herida o escoriación por la cual ha penetrado la spirochaeta, en el caso de que esta escoriación haya sido apreciable.

Período primario. Al cabo del tiempo indicado, se produce la lesión local conocida con el nombre de *chancro*. Está siempre situada en el sitio por donde ha penetrado la spirochaeta, en la piel si ha sido por la piel, y en la mucosa si ha sido por la mucosa. Debe desterrarse, pues, el error de que el chancro está siempre en los órganos genitales, aun cuando es cierto que ese es su asiento más habitual.

El chancro tiene caracteres fácilmente apreciables para los médicos acostumbrados a diagnosticarlos, pero puede ser a veces confundido con lesiones de otro orden—los llamados *chancros simples*—por lo cual, para el profano, toda lesión de los órganos genitales (o de otra parte cualquiera de la piel y de las mucosas cuando ha sido consecutiva a contactos sexuales) debe ser considerada como sospechosa.

En el chancro, ya sea que se manifieste bajo la forma de una induración o de una ulceración, las spirochaetas inician su multiplicación, pero durante un cierto tiempo permanecen en el mismo punto sin propagarse en forma de *infección generalizada* a todo el organismo.

Esta localización de la infección, que se mantiene por cierto tiempo, tiene una gran importancia en el tratamiento de la sífilis, importancia sobre la cual insistiremos más adelante estableciendo que es el único momento en el cual la enfermedad puede ser curada completamente. No dura más de tres semanas a contar desde el momento en que el chancro ha aparecido.

Como la infección se mantiene localizada, los humores del organismo no están aún cargados de spirochaetas y no son contagiosos;

sólo es contagioso el chancro mismo. Una partícula de la secreción de la úlcera, deja ver numerosas spirochaetas.

Al cabo de un tiempo más o menos largo, el chancro concluye por curarse dejando sólo detrás de sí una cicatriz indeleble, la cual permitirá al médico reconocerlo cuando haya desaparecido. El chancro dura más o menos un mes. Antes de que esté curado completamente, desde la cuarta semana a contar desde su aparición, la enfermedad se ha generalizado a todo el organismo y la curación completa es muy problemática, sea cual sea el tratamiento que se emplee.



¡Contra el déficit!

Adjuntamos en cada ejemplar de este número una tarjeta de pedido contra el déficit, a fin de que cada lector pueda, con arreglo a sus disponibilidades, adquirir los libros que desee. Creemos que con un pequeño esfuerzo de cada lector podremos con facilidad vencer la situación crítica que amenaza la vida de esta Revista. Es esta la mejor manera de poder matar el déficit sin perjuicio material para nadie, realizando al mismo tiempo una grandiosa obra cultural que significa la difusión de los buenos libros, pues es necesario que se dé impulso a la libertad y al progreso del mundo por medio de la meditación y el estudio.

Damos desde aquí nuestras más sinceras gracias a cuantos nos ayudaron el mes pasado con sus encargos de libros. Asimismo rogamos nos disculpen los que no recibieron sus pedidos con la premura deseada, pues debe tenerse en cuenta que hemos tenido que pedir los libros a las casas editoras, y ello es causa de un poco de dilación. Hoy podemos asegurar que los encargos que se nos hagan serán servidos al día, apenas recibido su importe, pues estamos en relación directa con todas las editoriales de España.

Hay algunos corresponsales y suscriptores atrasados en el pago, y a éstos debemos advertirles que si no liquidan para antes de fin de mes, nos veremos obligados a retirarles el envío del próximo número, que será extraordinario. Ya saben, pues, los lectores que no reciban el número próximo, a qué es debido. En tal caso, pueden entenderse directamente con esta Administración.



GACETILLA

Para anunciar las producciones cinematográficas se prodiga excesivamente la palabra amor. Película de amor es frase ya estereotipada hasta para cualquier engendro de la pantalla.

En realidad, pocas veces se ofrece en el cine una verdadera pasión amorosa.

Influenciados los directores de las casas productoras de films por las novelas más malas que se escriben y por las comedias más ramploas que suben a los escenarios, fabrican películas basadas también en la falsedad y en la vulgaridad de que adolecen comedias y novelas.

Son muy pocas las novelas que se han escrito en el mundo en las cuales esté estudiada, con certera visión, una pasión amorosa. Y menos aun son las comedias en que pueda encontrarse una observación atenta del amor apasionado.

Como, en general, cada hombre y cada mujer aman a su manera, y es difícil que haya dos seres cuya capacidad para el amor sea igual, en esta diversidad asombrosa encuentran, si no razón, cierta disculpa, todas las malas novelas y todas las comedias mediocres que se ocupan del amor. Cada espectador o lector cree que si él no ama de aquel modo que ama el protagonista de la comedia o de la novela, puede haber un semejante que sí ame de aquella manera.

El observador atento comprende, por el contrario, que de aquel modo no ama nadie, porque aquello que lee en el libro o presencia en el teatro no es amor, sino una mixtificación.

Cuanto más falso es el amor que se presenta en una mala novela o en una comedia ramploa, más gestos hacen los personajes que el autor supone enredados en una pasión amorosa. El gesto, claro es, no pasa de ser propio del melodrama, es decir, de lo ficticio, hueco y vacío. El amor, cuanto más grande, más callado, más tímido, más delicado e íntimo es. El gran amor es una cosa silenciosa, fina, exquisita.

Aunque sea un amor desesperado, no deja

de ser silencioso. Puede terminar, yendo por caminos de tragedia, en crimen o en suicidio, pero sin grandes ruidos, sin gestos, sin alharacas.

No hay diferencias, en esta pasión, entre miserables y privilegiados. Podrá ser en éstos más refinada, pero no más profunda. En las cosas fundamentales, todos los hombres son iguales. Todos aman, todos mueren. El amor y la muerte, las cosas más grandes, igualan a las criaturas todas.

El cine podría dar a los espectadores una maravilla de observación de la pasión amorosa. En la novela—y hablo ahora de las que son buenas—se pierden, para gran parte de lectores, muchos detalles primordiales. En el teatro—me refiero también a los dramas de honda observación—no se advierten tampoco, por muchos espectadores, todos los matices. La pantalla podría dar por completo esos detalles y matices que se pierden, para la gran mayoría, en el libro y en el drama.

Desgraciadamente, los productores de películas han puesto su atención, con preferencia, en las malas comedias y en las novelas insignificantes. Y así vemos, en la pantalla, falseado también el amor. Poco cuidado para su hondura, mucha importancia para el gesto, para lo melodramático, pueril y baladí.

Las películas de amor, por esta causa, son las que tienen más defectos. En ellas, realmente, no se ama. Todo es ficción, pero de la peor especie. Hombres y mujeres, presentados como absortos en pasión de amor, se mueven como muñecos, no como criaturas vivas. La tristeza gozosa, la alegría desesperada, la emoción estremeceida, la tribulación, el no vivir tranquilo, la felicidad de un diálogo atropellado, la duda, la inquietud, todos esos diversos estados de ánimo por los que pasa, a veces en un instante, la mujer o el hombre enamorado, faltan en absoluto en las películas llamadas de amor.

En cambio, hay gran suma de superficialidades, detalles ridículos, risas desatadas, triste-

zas cómicas y gestos, sobre todo gestos, que son lo más ajeno a un enamorado auténtico.

El saber que cada criatura es un mundo aparte en lo que al amor se refiere, no evita la comprensión de que ese amor que se ve en las películas no es aplicable a nadie. Porque, en efecto, no es amor, ni siquiera una caricatura del amor.

En las contadas películas que he visto donde el amor está bien observado, donde realmente se presencia una pasión amorosa, el cine ha llegado a una cumbre. Se ve todo en la pantalla. Su dinamismo facilita esta multiplicidad de puntos de vista. A un mismo tiempo, de paso que se asiste al desarrollo de la pasión, a su realización y su final, se ven también los estados de ánimo por que pasa, súbitamente, la pareja enamorada. A veces, mientras uno ríe el otro sufre y viceversa. Que así es, en verdad, el amor.

Deja, una película así, impresión duradera, como una novela grande, para quien sabe leer; como un drama en el que palpita lo humano genuino, para un espectador atento. Las obras, las melodramáticas, las del gesto de mixtificada desesperación, ramplonas y vacías de toda esencia de verdad, aumentan el asco que producen las novelas y las comedias a que tanto se parecen.

*
*
*

Un muchacho de catorce años, recibió de su madre dos reales para ir al cine. Se reunió con unos amigos, jugadores, y los perdió. Volvió a su casa, por más dinero. Lo pidió a su madre. Se lo negó ésta. Insistió él. Insistió tercaamente. Desesperada la madre por su insistencia, cogió un palo y le amenazó. Huyó el muchacho sin dejar de insistir. Corrió tras él la madre, sin abandonar el palo, y acabó por arrojarlo desde lejos, en el preciso momento en que el muchacho volvía la cabeza para ver si era perseguido. El palo le entró por un ojo, vaciándose instantáneamente.

El muchacho, solo, sin decir nada, se fué a la Casa de Socorro más cercana. Al ser interrogado, después de curarle, sobre cuál había sido la causa de la lesión que sufría, declaró que se la produjo al intentar escalar una tapia, desde la que cayó al suelo.

Un hermano suyo, que fué a buscarle, explicó la verdad del suceso. La madre, al ente-

rarse de lo ocurrido, se puso enferma, presa de un ataque gravísimo.

Tal es el suceso acaecido recientemente en Madrid. Ningún cronista ha creído digno de comentario el gesto del muchacho, del que muy pocos hombres son capaces. Quizás hayan juzgado el caso demasiado sentimental, como si la tragedia auténtica tuviera alguna relación con el sentimentalismo. Todos los elementos del suceso son trágicos. La pérdida del ojo no ocupa el primer lugar. La actitud del muchacho al no acusar es lo más importante. Querer evitar sufrimiento a quien le hacía sufrir es lo que hay en su explicación del mal de que era víctima. Los cronistas no suelen ocuparse de cosas tan complejas.

Mucho menos se han ocupado de otro aspecto del suceso. Si la madre hubiera tenido dinero suficiente, habría dado al muchacho el que le pedía, y todo se habría evitado. El drama, así, entra en la categoría de los llamados dramas de miseria. Hablar de ellos es de mal gusto. ¡Silencio, pues! Diciendo que es de mal gusto ocuparse de ciertas cosas, o que cualquier comentario sobre otras peca de sentimentalismo, podemos vivir tranquilos. Nadie tiene la culpa de que haya madres a quienes no les sobre el dinero. En cuanto a la actitud de no acusar, es posible que sea propia de un temple heroico, pero nadie les pide a los muchachos que sean héroes. Nada, nada, sentimentalismo y mal gusto. Pueden perder un ojo, o los dos, tantos cuantos muchachos se hallen en el mismo caso, y libres son de acusar o no a quien les causó el mal, sin querer, y por no tener unos cuantos reales que darles.

*
*
*

En Barcelona, según los periódicos, hay una casa encantada. Todos los días, cuando termina la jornada de trabajo, desfilan las gentes, en multitud, por ella. Hay quien ha visto cerrarse y abrirse solas las puertas y ventanas, quien ha oído cómo un piano interpreta los tangos de moda, y quien ha escuchado, sin ver a nadie, versos populares. Es posible que de Campoamor.

A los pocos días de circular la noticia de este raro encantamiento, un adolescente se internó en el edificio, en ocasión en que no había nadie en él. Sorprendido, declaró ir en busca

de los fantasmas, que decían había allí, para matarlos. Posteriormente se ha sabido que este muchacho se escapó de casa de sus padres hace poco, deseoso de correr aventuras, trasladándose nada menos que desde Zaragoza a Barcelona.

¡Admirable muchacho! Si no te malogran,

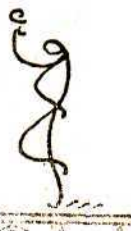
todos los fantasmas huirán de tu presencia. Llevas en ti potencias magníficas—ímpetu, fantasía, vitalidad—, potencias maravillosas. ¡Admirable muchacho! La casa encantada, que ha revelado tanta estupidez, ha revelado también tu figura juvenil, que es un verdadero encanto.

JULIO BARCO

La tertulia de un hombre libre

XVI

Propaganda



Comentando el doloroso hecho de que los libros de uno de nuestros más grandes escritores fuesen poco leídos y de que él mismo no gozara de la estimación a que es sobradamente acreedor, un contertulio dijo:

—A decir verdad, no hay por qué asombrarse de que eso suceda. Ningún hombre significativo goza en vida del aprecio que merece. Para ser aplaudido hay que ser superficial. Los escritores menos delicados cuentan siempre con gran número, no de simples lectores, sino de admiradores fervorosos. Los políticos ignorantes, que sólo conocen de los problemas lo externo, si es que lo conocen, seguidos por multitud de partidarios. Después de veinte años de su muerte, nadie se acuerda ya del político o del mal escritor. En cambio, empieza a hacerse justicia al que escribió libros significativos, densos, henchidos de valores de calidad. Apenas se sabe hoy quiénes eran los hombres de la política y de la literatura aplaudidos y seguidos en Francia en tiempos de Stendhal. Este gran escritor, que entonces no despertó más que la rara curiosidad de algunos gustadores de los buenos libros, hoy es la gran figura única, o poco menos, de su época.

—Ciertamente, eso es lo que ocurre—corroboró el animador—. Es una triste verdad que indigna. El hombre emocionado no ha contado nunca, mientras ha vivido, con la admiración merecida. Las gentes gustan de otro género de hombres para poner en ellos

su admiración. Necesitan el histrión. Quien no tenga cualidades histriónicas, no espere el aplauso de los más. Habrá de contentarse con la callada simpatía de las minorías atentas, que siguen con atribulado fervor los pasos de los mejores hombres.

—Sin duda alguna—observó el contertulio que había iniciado la charla—, el calor que prestan estas minorías a la obra señera y de rango, vale más que la torpe adhesión de la muchedumbre a lo ínfimo y superficial. Quizás sea un signo de lo que vale el fruto de una mente el hecho de que éste no merezca el aprecio de la multitud.

—Naturalmente—confirmó el animador—. La prueba más evidente de la superficialidad de un propósito, es que éste tenga muchos partidarios. Siendo los hombres tan ignorantes, que se entusiasmen por una empresa, demuestra que ésta carece de seriedad y de hondura, que es simplista y externa, que no tiene consistencia ni verdadera sustancia. Un político que tenga muchos partidarios, es que gana a los demás en histrionismo. Una obra muy leída, forzosamente es mala. Un hombre muy admirado, no posee valor categórico y perenne. Pasado el tiempo, se olvida el político histrión, la obra mala y el hombre superficial, y se empieza a reconocer la valía de lo que antes pasó desapercibido. Pocas excepciones pueden contarse de esta absurda experiencia.

—En las propagandas artísticas, políticas y sociales—añadió después de una breve pau-

sa—, siempre obtienen más éxito los hombres con menos capacidad de emoción, los que propagan más superficialmente, los que ahondan menos en la entraña de los problemas, los cínicos, aquellos que no han llegado nunca a sentir como una tragedia propia el tema de que se ocupan y del que parecen querer que se ocupen los demás. Los hombres que poseen caudal de intimidad, que se dan a su obra, que ponen en cada palabra la vibración de una angustia sentida, fracasan. Hablan un lenguaje preñado. La multitud huye de esto. Se dijera que ve el peligro, realmente existente detrás de aquellas palabras, de ser llevada a la desesperación. Se huye de la desesperación, como si ésta no fuera madre de las más grandes cosas que hay en el mundo. Cuanto más superficial sea un propagandista, menos peligro hay de que infunda a los que escuchen su propaganda una inquietud. Por eso éstos le aplauden y le siguen. Le oyen complacidos, sin desasosiego, y después quedan tranquilos. El hombre íntimo, al contrario, como pone fuego en su propaganda, les desazona. No agrada esto. La palabra encendida, densa de sinceridad, acaba por no ser escuchada. El mixtificador, entretanto, triunfa. Pero también esto pasa. Al cabo de unos años, toda la efímera obra del propagandista superficial desaparece, porque no existía nada más que apariencia, y si queda algo, ello es hijo de la palabra de fuego, fervorosa y estremecida, del hombre emocionado.

—Así es, en efecto—observó otro contertulio—. Pero las minorías atentas sufren de ver la incompreensión que rodea a los mejores hombres.

—Quizás sea inevitable esa dolorosa consecuencia—repuso el animador—. No cabe duda de que es preferible que no sean famosos si su fama había de estar asentada en una comprensión limitada y absurda, como suele suceder bastantes veces. Muchos hombres de calidad han gozado en vida de ruidosa adhesión. Mirada en su entraña, esta adhesión obedecía a interpretaciones erróneas de la obra de tales hombres.

—A propósito de esta charla—dijo otro contertulio—, quiero relataros un ejemplo del que he sido espectador. Tenía yo un amigo que había nacido en una aldea campesina. Conocía los vicios y las virtudes de los campe-

sinos; conocía su trabajo, sus luchas, sus esfuerzos, sus problemas; conocía, en fin, con bastante amplitud, todo lo que se refiere a los hombres que trabajan la tierra: sus conflictos con el medio y su modo de ser íntimo; lo de fuera, y lo interno, que es más complejo. Otro individuo, a quien hube de tratar con frecuencia, nacido en una gran ciudad industrial, no conocía a los campesinos ni sabía nada de ellos. Sólo por reflejo de lecturas, no muy recomendables, tenía conocimiento de los hombres del campo y del trabajo de estos hombres. Mi amigo, ya granada su juventud, fué a vivir a la ciudad en que yo estaba y en la que había nacido aquel conocido mío. Ambos, algún tiempo después, escribían en un periódico agrario. Se había puesto de moda el problema del campo, viejo de siglos.

—Mi amigo—prosiguió este contertulio, luego de unos instantes de silencio—, que además de conocer a los campesinos, los amaba cuando se ocupaba de sus problemas, insistía señaladamente en los defectos de los propios campesinos que impedían resolverlos, deseoso de que, en lo que fuese posible, los corrigieran. Esto, en sus artículos. En privado, cuando hablaba de los hombres del campo, sin callar aquellos defectos, se extendía en loas emocionadas de ellos, describiendo con minuciosidad trabajada, ponderada, sus cualidades de más valía, que son muchas. El otro individuo, en cambio, halagaba torpemente en sus escritos a los campesinos, glorificando o poco menos sus defectos. De sus virtudes, como las desconocía, no hablaba. Tampoco conocía muy bien, a decir verdad, los defectos. Pero ya se sabe que es mucho más fácil tener conocimiento, siquiera sea rudimentario, de los defectos de los hombres que de las virtudes. Aquel individuo, ignorando éstas, y armado con lo superficial que conocía de aquéllos, escribía artículo tras artículo, en los que las palabras más puras adquirían una existencia chabacana, terriblemente mediocre y no pocas veces grosera. En privado, al contrario, este hombre despreciaba profundamente a los campesinos, se burlaba de ellos, les llamaba zafios, ignorantes y muchedumbre de cosas más, todas despectivas.

Hizo aquí una larga pausa, y después, cada vez más animado, continuó:

—Entre los lectores campesinos del periódico, que eran mayoría, mi amigo no tenía adversarios violentos, pero tampoco partidarios comprensivos. Sin duda, los campesinos, aunque se sintieran molestos porque les hablaba solamente de sus defectos, comprendiendo que éstos eran reales, no le odiaban. Mas tampoco le creían ni de cerca ni de lejos, un hombre preocupado por los problemas que más les afectaban, siendo esta una de sus preocupaciones más hondas. El otro individuo, en cambio, sí contaba con gran número de partidarios entre los lectores campesinos, y aunque hubiera algunos a quienes fuese indiferente cuanto decía, no había ninguno que pusiera en duda su entusiasmo por la causa agraria. Naturalmente, un hombre que les halagaba debía ser, sin lugar de disputa, un defensor de cuanto les concernía. Tanto más cuanto que nada les reprochaba, cuanto que ni una sola vez hacía mención a sus probables defectos. Y cuanto más ignorantes eran sus lectores, tanto más le creían preocupadísimo por las cosas referentes a los hombres que labran la tierra. Lo cierto era, sin embargo, que su indiferencia hacia todo lo que pudiera suceder en el campo, hacia todos los problemas y conflictos que tuvieran relación con el campo, no podía ser más absoluta. En lo referente a los campesinos, ya he dicho que los despreciaba, que se reía de ellos. Añadiré que refería, a sus amigos y conocidos, anécdotas burlescas de algunos que, ingenuos y sencillos, iban a la ciudad a visitarle. Su impresión de estos buenos hombres era siempre caricaturesca. El tono, al hablar de ellos, sarcástico.

—En la ciudad—concluyó—, con menos conocimiento de los asuntos del campo de lo que pudiera imaginarse, es decir, con una ignorancia respecto a los campesinos verdaderamente desesperante, lamentable, los lectores de los escritos de mi amigo y del otro individuo estaban de acuerdo sin saberlo, con la actitud de los hombres del campo. Pero su reacción era muy otra que la de aquéllos. En la ciudad, los escritos de mi amigo eran juzgados duramente, y criticados con violencia, en tanto que al otro individuo, por sus artículos, se le consideraba como uno de los mejores propagandistas agrarios del país. Lo que tenía valor porque el hombre que lo hacía era sincero,

comprensivo, capaz de emoción, se combatía furiosamente. Los halagos, superficiales y malos, insinceros, como de un hombre que despreciaba a quien halagaba, se juzgaban obra excelente. Jamás he presenciado nada más estúpido y doloroso.

—De cada propagandista de valía—dijo el animador—podrían referirse ejemplos parecidos. Siempre ha habido cerca de él algún otro hombre superficial que se ha llevado los aplausos y la fama. No le envidiemos. Vale bien poco todo eso. El permanecer fiel a la propia conciencia, a la propia emoción, al particular sentido de la vida, vale mucho más. Al cabo de algunos años, se advertirá el mérito de las palabras emocionadas. La propaganda de estas palabras tarda en dar su fruto, pero es un fruto seguro. La propaganda superficial no da ningún fruto. Siempre se malogra antes de madurar. No tiene raíces.

DIONYSIOS

Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: Un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II.—Voltaire, Shakespeare, Leonardo da Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III.—Kierkegaard, Schiller, Veldáquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV.—Guyau, Goethe, Zurbardán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.

SERIE V.—Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI.—Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pissacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pidanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

Racionalizaciones fundamentales

Dentro de las muchas y variadas manifestaciones de la vida humana, no nos sería difícil el consignar a menudo todo lo equivocado que resulta en la realidad el concepto del amor familiar, considerado ordinariamente como el vínculo más respetable, más inviolable y dignificador y que a porfía trátase de conservar.

Al igual que toda clase de instituciones sostenidas por un formulismo convencional cualquiera, la familia es un reunido de individuos entre quienes predomina como solo elemento estimulatriz a su estrechada relación, el temor y los preconceptos tradicionales, santificados de generación en generación, y formulados por toda clase de doctrinas para mejor predisponer al individuo en sí, para ser cautivado por las fantasías misteriosas de lo ultraterrenal y extrahumano.

Alrededor de dicha institución y de sus venerados respetos, los hombres han edificado sus principios de moral, sus legislaturas y sus convenciones sociales, y han basado el fundamento del principio autoritario, cuya influencia repercute entre los más recónditos sentires del hombre y en las más insignificantes manifestaciones de su plural actividad.

El hecho significativo creado por tal institución, con referencia a la mentalidad humana, es por demás excepcional y contra natura; la vida exigua y restringida del ambiente que personifica, el continuo trato con caracteres siempre invariables, la condición creada de una comunidad de intereses, la imposición de las pequeñas costumbres y modales, juntamente con el fortificado respeto a los vínculos de *sangre*, han hecho que cada ente constitutivo considerara tal vida como un hábito casi irrompible, y que por efecto de la unilateralidad y la constante adaptación, creyera que sólo allí podría encontrar la pureza de los cariños, la abnegación hacia sí y la confianza más grande hallable entre los seres.

Tal impresión hace que los individuos, por encima de toda condición y circunstancia, entrevéan el nexo del parentesco, y que sus más

grandes miramientos y deferencias las reserven para quienes guardan una proximidad familiar, aun cuando tal cosa en realidad no sea verdaderamente satisfactoria.

Lo más grande, lo más humano y dignificante que el hombre es susceptible de manifestar para con sus semejantes, cual es el amor, la iniciación en las experiencias, la solidaridad y otras virtualidades, se encuentra canonizado por la obsesión inculcada en el ambiente del hogar, y en lugar de conquistar su ennoblecimiento y dignificación operando según la imperiosidad de sus sentimientos, lábrase con el respeto a esa moral restringente, una personalidad nimia y brutal, enemiga para quienes no representan la cualidad de allegados y parientes.

Se acostumbra a considerar por sobre todo, a respetar y acatar el amor familiar en detrimento de la propia y natural expansión material y sentimental, y aguerrido su espíritu a tal aceptación, se construye una de las más aprisionantes cadenas que le han de sujetar en la vida, ante la necesidad del contacto con el resto de las gentes en el desarrollo de las diversas actividades. Como todas las ficciones que logran obsesionar al hombre, ésta también le aparta de su libertad y su racionalidad. Anonada sus intrínsecas aspiraciones, destruye las inquietudes acariciadas que se gestan en su espiritualidad, y ahoga todo el impulso que tienda a superar sus comprensiones y personalidad; su valer personal no puede afirmarse ni luchar, y ofuscado, sólo tiende a obedecer a la tiranía imperiosa del deber.

Creerse sujeto, obligado, forzado a interesarse por sus allegados de una forma integral, sin ningún reparo ni duda, como el religioso a su Dios, como el idólatra a su símbolo, tal es la cerrada comprensión a que se cifie.

Ante el aspecto racional de los seres, es decir, bajo su condición de entes independientes dotados de determinadas facultades y sentimientos, prestos a manifestarse ante el ritmo de la vida, tal situación del hombre sólo como una deformación de sí puede considerarse; sujetos

sus dones y atributos personales a las influencias de una ficción creada, solo puede llegar en sus reflexiones a consignarse fatalmente engañado y esclavizado para el sacrificio de lo mejor de su palpitante existencia.

Todos los deberes son funestos en sí para el sentir interior del hombre, y únicamente conducen al disgusto del cumplimiento de una vida metodizada y uniforme, exenta de las satisfacciones verdaderas, complacientes facetas del espíritu, que podríamos denominar como valor esencial de nuestra existencia. El deber siempre será una tiranía atormentadora para los seres y hecho desequilibrador de las relaciones entre ellos, por no ser una expresión genuína de los sentimientos, ni una base de edificación solidaria, sino por el contrario, un disturbio de voluntades, una imposición que se ejecuta mediante una fuerza establecida, o bien una poderosa coacción de conciencia, elaborada por preconceptos, atavismos, pretensiones y otras causas afectantes a la construcción de las ideas e impresiones en el campo de nuestro intelecto.

Dentro del ambiente familiar, no otra cosa predomina sino una de estas grandes coacciones de la conciencia. Aun cuando sus componentes posean caracteres e inclinaciones discordantes, como generalmente así sucede, ¿qué es sino la obstinación de la tiranía de los deberes, lo que les retiene a vivir vinculados, estrechados en el propio ambiente, y confrontados al unísono ante las influencias del vivir exterior?

Innumerables son los casos en que por merced a tal obsesión, los individuos de ambos sexos deslizan sus vidas entre una continua relación de hechos invariables; atormentados en ocasiones por sensaciones diversas que incitan a su espíritu a desprenderse de los eslabones que le aprisionan y debilitan; macilentos y entristecidos ante el lánguido vivir que desarrollan exentos de expansiones grandes, de emociones profundas, de renovación de goces y sucesión de conocimientos. Desoyendo a las llamadas de la gran vida, como escépticos seniles, como eremitas atrofiados, como melancólicos indigentes de carácter y de inquietud, concentran todas sus atenciones en el lar do subsisten, destruyen la sonrisa de las ilusiones más acariciadas, y se cobijan bajo el altar de las tradiciones para conservar el gregarismo, la espiritualidad

indecisa y no creadora, la idea de una moral que sirve de bajo pretexto para ocultar ruindades guardadas e intenciones tácitas del todo inconfesables.

¡Cuántos y cuántos no hay que estimulados por esa gran coacción de conciencia, se han mantenido lo suficiente débiles para no romper con las resignaciones y los respetos convencionales y soportan toda una vida de enojo, de sacrificio, de ese inevitable descontento que sólo la muerte deshace y rompe! ¡Cuántos y cuántos por el mismo motivo se ven precisados a determinarse en pro de lo que íntimamente detestan, y someterse ante situaciones y circunstancias que su dignidad en el fondo les reprocha! ¡Y cuántos y cuántos enmascarados con la hermosa apariencia del amor, la fidelidad, la fraternidad, la paternidad y el cariño, esconden en su corazón bajos rencores y odios innobles, hondas enemistades que se encubren con hermosas palabras, sentimientos necios, de antipatía y de aversión que se revisten con el ropaje del parentesco!

¿Habéis pensado alguna vez en esos seres ígnaros que encaprichados al azar por cualquier circunstancia fortuita se esposan muy ceremoniosamente y se juran un encadenamiento eterno? ¿Habéis pensado en esos entes empedernidos por el juego, el alcohol y la síflis, que engendran sin conciencia y transmiten sus taras y sus morbosidades a la sangre de toda una generación? ¿Se ha fijado alguna vez vuestra atención sobre esos personajes del adulterio, o en esas tristes mujeres amarradas por siempre a la prisión del hogar; en esos hombres resignados, pacíficos, que pacientes siempre, caminan por los mismos sitios, en espera del fin de sus días, apoyados por la benevolencia de sus hijos; en esos mediócratas roídos por la ambición de un porvenir lisonjero; en esos herederos que suplican por Dios y los demonios el fenecimiento de sus *seres queridos*...?

Si a mencionar fuéramos todo el sentido hipócrita que en sí significa el nombre *familia*, ¡qué conjunto de mezquindades no habríamos de descubrir! Esa palabra con la que se nos ha enseñado desde la más tierna edad a respetar incontestable y sumisamente la arbitrariedad y el engaño disfrazados, sólo significa coerción y sólo da a entender debilidad de carácter.

Ese nombre se ha impuesto a título de amor

y de apoyo mutuo cuando por ley natural, ni esas ni ninguna de las expresiones del espíritu del hombre pueden acomodarse a convenciones y leyes creadas. El amor y la simpatía entre los seres sólo se producen sinceramente ante el contacto de sus afinidades; la solidaridad y la ayuda son sentimientos espontáneos que nacen ante las vicisitudes y las necesidades que en la vida sobrevienen; el respeto sólo quien sabe respetar a su vez puede ser digno de él; la educación ningún padre tiene el derecho de imponerla a quien por un placer trajo al mundo. Respondiendo a las necesidades materiales y espirituales, todos los seres sienten el estímulo irresistible de las relaciones, de entrecambiarse y de ayudarse e instruirse en todo mutuamente para dar una satisfacción a sus voluntades inquietas y al deseo de vivir intensamente. Mas el fruto y la finalidad de esta relación no podrá florecer, si en nombre de la fuerza se quiere tener razón para avasallar, y si en nombre de una dada obsesión se atosiga y deprime al hombre nuevo.

Cada individuo, en su perfecto derecho a vivir, como busca su pan y su lecho o el calor del sol, debe también poder libremente buscar sus amistades, sus aficiones y sus seres amados.

Mientras que por respeto a una fórmula cualquiera el hombre haya de aparentar lo que no es, nada valdrá lo que haga y nada podrá defender. Pero si son su inteligencia, su corazón y su anhelo los solos guías de su determinismo, a fuer de todo defenderá lo que ha creado, porque ello es en sí la propia edificación de su vida.

Si todas las montañas, los campos, los pueblos y los mares de toda la tierra son nuestra única patria, consideremos también que toda la humanidad es nuestra sola familia; y así como hallamos selectos parajes que por su belleza, su clima u otras propiedades nos son amados y recordados durante toda nuestra existencia, también entre la familia humana de todo el mundo, hallaremos una selección de seres, que por su carácter, sus comprensiones y sus sentimientos despertarán en nosotros las más grandes pruebas de amor y de fraternidad, y nos dejarán grabados también para siempre hechos de emoción, cuya remembranza sólo con nosotros sucumbirán.

Por encima y ante todo, las grandes fuerzas

de nuestra espiritualidad y nuestra forma de ser deben tener un orden preeminente en nuestra vida. Nada hay tan deshonesto como el pretender vivir engañándonos a sí mismos, contrariando nuestros propios sentimientos y enterrando los clamores de idealismo que nos conmueven.

El solo deber admisible, el gran deber, sólo es el mandato de nuestra razón, aquel que no viene de afuera, sino que surge de nuestro interior inspirado por un amor, por una atracción poderosa hacia los seres, que con sus manifestaciones enriquecen nuestra vida.

Este deber, que más propiamente puede denominarse como nuestro derecho, es en realidad lo único consistente con que se puede contar para establecer las grandes cosas, las verdaderas, las de sólida afirmación, porque quien entonces labora es nuestra voluntad, nuestra profunda fe y la alegría de nuestra abnegación.

Los padres y los hijos verdaderos no son los llegados a serlo por un accidente, sino aquellos que han sido suscitados por el amor, la simpatía, la caricia y la idea. Para el hombre de hoy, antes que la mecánica está la estética.

Quienes por sentimientos identificados saben solidarizar sus vidas en un núcleo armonioso, han constituido la mejor de las familias: Una asociación libre.

SAKUNTALA



ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año (12 números) 6'50

Para los demás países: Un año (12 números) 8

Incluido el número Almanaque de 1.º de año.

La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y librerías el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.—Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor.—Apartado 158.-VALENCIA (España).

Colección "Vértice"

Tomos de 160 a 200 páginas, a 1'10 pesetas

TÍTULOS PUBLICADOS

La lucha por la Existencia, por Darwin.

Apología Socrática, por Platón.

El pasado y el porvenir del pueblo, por Lamennais.

Los habitantes de Marte, por Flammarion.

Háganse los pedidos a esta Administración: Apartado 158, Valencia.

Precisiones sobre el aborto y el límite de los nacimientos en Rusia



La necesidad de introducir algunos métodos racionales dirigidos exclusivamente al límite de los nacimientos, ha llegado a ser evidente en la Rusia soviética, desde el día en que vieron la luz las estadísticas relativas al rápido aumento de los abortos en ese país. Recordemos cómo ha sido legalizado el aborto en Rusia.

Por una circular de los Comisariados de la Salud Pública y de la Justicia, en la fecha del 18 de noviembre de 1920, se expuso que el método penal de perseguir y castigar los casos de aborto era totalmente ineficaz y que se ejercía en detrimento de la salud pública, puesto que impelía a las mujeres el recurrir a practicantes clandestinos e inexperimentados, los cuales, no solamente explotaban a quienes a ellos se confiaban, sino que también ponían en peligro su salud, por las manipulaciones que efectuaban.

La circular consideraba el aborto como indeseable en sí; pero, sin embargo, a fin de disminuir los peligros del aborto clandestino, autorizaba las operaciones abortivas, a condición de que fueran hechas en los hospitales públicos, y completamente gratuitas. La operación sólo podría ser hecha por un médico practicante, sin que por ello hubiera de tener derecho a honorario alguno. Toda mujer encinta podía reclamar el aborto sin ninguna autorización previa, si es que era voluntad suya el no dar a luz y traer un nuevo ser al mundo.

Las penalidades, pues, serían reservadas, en adelante, a quienes efectuaran tales operaciones ocultamente y comerciaran con ellas; para quienes las efectuaran sin estar autorizados como médicos competentes, y, por fin, para quienes procedieran a provocar abortos, sin todos los cuidados necesarios, y "en lugares no convenientes". La penalidad se dejará sentir con más crudeza, sobre todo, en los casos en que la operación fuera hecha sin el consentimiento propio de la mujer; asimismo cuando la negligencia del practicante causara la muerte de aquélla, y también cuando el médico hiciera del aborto su principal ocupación profesional.

Desde los principios del año 1921, la realización de los abortos legales había llegado a ser predominante; pero se carecía de datos estadísticos precisos sobre la cantidad, hasta que en 1924, el Consejo de Salud resolvió que se disminuyera considerablemente la gratuidad de las operaciones de aborto.

Los hospicios de maternidad estaban llenos de mujeres con instancias de aborto, hasta el punto en que aquellas que habían de dar a luz no tenían lugar disponible en dichos establecimientos.

Entonces se decidió que se reservaran solamente un quince por ciento de camas para los casos de aborto, y que todas las restantes se dejaran para los casos ginecológicos. Para ser admitida en un hospital público, la mujer que desee abortar, debe ahora dirigirse a una "comisión de aborto" especial, compuesta de tres miembros (el oficial de medicina del distrito, una delegada de la sección femenina de los obreros y un médico practicante). Esta comisión especial examina la demanda, verifica las razones invocadas, y acepta o denega la instancia.

La denegación del aborto gratuito no impide en nada para que la mujer pueda dirigirse a un hospicio privado; pero a condición de que entonces los gastos corren a su cargo.

En 1925, el Comisariado de la Salud Pública hizo saber, por medio de una circular, a todos los directores de hospicio, que los abortos sólo podían ser efectuados durante los tres primeros meses del embarazo, y que todas las operaciones que se hicieran después de este término, en adelante serían consideradas como ilegales. En resumen, se ha estrechado, sobre todo, la posibilidad del *aborto gratuito y legal*.

Los abortos legales

Será interesante el proporcionar algunos datos estadísticos que sobre el número de abortos legales se ha efectuado en Rusia. He aquí, pues, algunas cifras concernientes al año 1925. En los dos más principales centros

urbanos, Moscú y Leningrado, se han registrado:

	Moscú	Leningrado
Número de abortos autorizados por la Comisión...	13,103	12,058
Número de abortos no autorizados por la Comisión.	1,782	4,540
Total	14,885	16,598

Será igualmente interesante la comparación entre la cifra de los abortos y la de los niños vivos y niños muertos de ambas poblaciones, lo cual nos da el aspecto siguiente (1):

	Moscú	Por mil	Leningrado	Por mil
Número de niños nacidos vivos.....	57,537	31,6	38,402	27,8
Número de niños nacidos muertos.....	1,915	1,06	1,315	0,95
Número de abortos....	14,885	8,06	16,598	12,0

En Leningrado, durante el año 1925, el número de abortos se ha elevado a 43,2 por 100 de los nacimientos habidos; en Moscú, a 27,3 por 100. El aumento del número de los abortos, con respecto a la tasa de la natalidad registrada, por ejemplo, en Leningrado, no indica que ésta influye de algún modo sobre aquél. En dicha ciudad, antes de la guerra (1911-1913), la tasa de la natalidad era de 27,7 por cada mil habitantes.

En Leningrado, por cada mil habitantes:

Años	Abortos	Nacimientos
1924	5'5	25'7
1925	12'0	27'8
1926	14'0	28'2

Las mujeres que procedieron a efectuar los abortos se repartían:

	Moscú	Leningrado
En casadas	81'9 %	75'9 %
En no casadas	18'1 %	24'1 %

Con referencia a los nacimientos, el número de los nacidos muertos y de los abortos, es más considerable entre las mujeres no casadas que entre aquellas cuyo matrimonio ha sido legalmente registrado.

	Mujeres casadas	No casadas
Nacidos muertos ...	1'1 %	11'0 %
Abortos.....	31'5 %	47'2 %

(1) Se cuenta en Francia de 18.000 a 19.000 niños muertos antes de la declaración del nacimiento (o sea en los tres días primeros de su existencia), por año, para las ciudades de menos de 5.000 habitantes, contra 284.000 a 290.000 nacimientos.—Larousse Médical.

Las estadísticas indican que para el primer embarazo, los abortos ascienden a:

	Mujeres casadas	No casadas
En Moscú.....	5'6 %	19'5 %
En Leningrado	4'2 %	29'0 %

y que sobre 100 embarazos, se han contado, en Leningrado, con 34,3 por 100 de abortos, correspondientes a mujeres casadas, y 47,9 por 100 a las no casadas.

He aquí, ahora, la edad de las mujeres que han abortado:

	Moscú	Leningrado
De 17 años y menores	0'2 %	0'2 %
18-19	2'6 %	2'5 %
20-29	61'9 %	61'8 %
30-39	31'5 %	31'6 %
40 años y mayores	3'8 %	3'9 %

En cuanto a la *condición social* de las mujeres abortadas, he aquí para Leningrado, en 1925, y por profesión, el número de abortos por cada 100 embarazos:

Estudiantes y mujeres de estudiantes	62'1
Mujeres de soldados y marinos	46'6
Empleadas y mujeres de empleados	41'3
No trabajadoras y mujeres de no trabajadores....	41'3
Sirvientas	38'5
Inválidas y mujeres de inválidos	35'8
Obreras y mujeres de obreros	35'5

La más interesante descripción, es el detalle de los motivos por qué se ha abortado:

	Moscú		Leningrado	
	Casadas	No casadas	Casadas	No casadas
Falta de recursos	55'9	49'4	55'9	63'4
Enfermedad.....	12'1	13'5	12'3	8'9
Vergüenza y deseo de ocultar el embarazo..		2'5		1'8
Alimentación maternal del recién nacido	14'2	7'4	9'4	4'0
Demasiados hijos		7'3		1'7
Razones diversas	17'8	27'2	15'1	20'2
	100 %	100 %	100 %	100 %

La proporción de las mujeres sin hijos, que piden el aborto, es la misma en Leningrado que en Moscú: 17,3 por 100. El número medio de hijos por mujer abortada es: para Moscú, 1,85; para Leningrado, 1,75. Como conclusión a estas estadísticas, he aquí a continuación las concernientes a la mortalidad de las madres en Leningrado:

Años	Madres fenecidas	Proporción por cada 1000 nacimientos
1922	94	3'92
1925	112	3'55
1924	86	2'76
1925	94	2'45

Dos de las causas principales de la mortalidad maternal, son la fiebre puerperal y la infec-

ción consecutiva al aborto. En 1925, en Leningrado, se ha contado, por cada 1.000 casos tratados, 1,15 de defunciones por consecuencia de la fiebre puerperal, y 1,30 por infección postabortiva. ¡En las grandes ciudades alemanas, las estadísticas indican 1,32 y 2,62!

Es evidente que las estadísticas de estas dos principales urbes no dan una reseña exacta de la situación actual. Las indicaciones reunidas por el doctor Gens, concernientes a otros diez distritos, muestran (1925) que en las ciudades de segundo y tercer orden se cuenta un 91,1 de abortos por cada 1.000 habitantes; *en los pueblos*, esta cifra desciende a 0,5. Hay que tener en cuenta que todos estos informes se relacionan a los abortos registrados; *los abortos clandestinos continúan*, y el citado doctor Gens, en 1914, los estimaba en 37 por 100 del total.

Resumiendo, se puede considerar que los abortos que actualmente se efectúan en Rusia son en número de 120.000 por año, de los cuales el 28,8 por 100 se hacen clandestinamente.

Los métodos anticoncepcionales

En 1923, la práctica de los métodos anticoncepcionales fué recomendada como una buena medida para luchar contra el creciente aumento de los abortos.

La cuestión fué solventada el 23 de noviembre de 1923, en el curso de una conferencia de especialistas en obstetricia en la capital de Moscú. Esta conferencia se puso de acuerdo sobre cierta resolución, dando algunas indicaciones clínicas sobre diferentes métodos preventivos, y emitió dos proposiciones generales, a saber: 1.º Admisibilidad de la recomendación de métodos anticoncepcionales seguros, hecha por médicos practicantes, y que de cuyo regular empleo no se deriven consecuencias funestas para la salud de la mujer; la iniciativa debe ser manifestada por la mujer y no por el médico; 2.º El médico, siendo que está reconocido como un obrero social, no deberá declinar el hecho de proporcionar las informaciones convenientes sobre los métodos anticoncepcionales, en los casos en que en el dado momento en que los ha de hacer saber, el embarazo no es posible ni deseable.

Algunos meses más tarde la cuestión de los

métodos anticoncepcionales fué discutida en Leningrado—a instancias del Departamento de la Maternidad y de la Infancia—por dos sociedades médicas de la ciudad: la Asociación de médicos ginecólogos y obstetrigos, y la Sociedad científica para el Bienestar de la mujer y de los niños. Los informes fueron leídos por dos eminentes ginecólogos, los profesores Litchkous y Okintchiz. Una resolución fué adoptada, y a la redacción de la cual yo también participé. Hela aquí:

“La propaganda anticoncepcional no es el principal medio de reducir el número de los abortos. La Sociedad debe reconocer ante todo y en primer lugar, que *la maternidad es una función social*, y que por consecuencia, el Estado y la sociedad deben organizar la asistencia social de las madres y de las familias numerosas. El empleo extremadamente difundido de la preservación, puede hacer por que la cifra de la población disminuya considerablemente, mucho más que la práctica de los abortos; los métodos anticoncepcionales, pues, deben ser utilizados con inucho discernimiento, y no pueden ser aconsejados más que en casos determinados y por un médico experto y calificado en tales asuntos.”

“Hay necesidad de intensificar la propaganda en favor de la maternidad sana y salutariva, del alumbramiento y la lactancia del niño como funciones fisiológicas de la mujer normal, ya que la abstención de tales cumplimientos le puede ser en gran manera perjudicial.”

“Bajo el punto de vista medical, ninguno de los procedimientos anticoncepcionales que se usan puede considerarse como seguro, y sí algunos de entre ellos como nocivos. Nuestras asociaciones sólo pueden recomendar un profundo estudio sobre los mejores de todos cuantos son conocidos.”

Las informaciones sobre los medios preventivos

En los comienzos del año 1924, el Consejo del Bienestar maternal e infantil de Moscú envió una circular a todos los directores de Maternidad de la localidad, en la que se les comunicaba que siempre que recibieran alguna petición de informes sobre la anticoncepción, deberían proceder según las indicaciones de la

Conferencia de Moscú, habida en 1923 (resolución expuesta precedentemente). Uno de los miembros de esta Conferencia, el doctor Levý, publicó un corto folleto acerca de "La prevención concepcional como medio de evitar el aborto" y del que más de 100.000 ejemplares fueron vendidos y distribuidos entre los médicos y la población en general.

El 12 de diciembre 1924, el Consejo central por el Bienestar maternal e infantil se adhirió a lo realizado en Moscú, y recomendó a todos los centros locales el aceptar el sistema de las informaciones anticoncepcionales. Dicho Consejo enunció además que la elección de un método determinado era sola cuestión de los médicos, y que las comunicaciones que hubieran de hacer éstos fuesen exclusivamente particulares, pues convenía evitar que la cantidad de los medios preventivos conocidos tuvieran una gran vulgarización.

Durante los años 1924 y 1925, la cuestión de los procedimientos anticoncepcionales estuvo en la orden del día de diversos Congresos y Conferencias. El segundo Congreso panruso del Bienestar maternal e infantil celebrado en Moscú durante el esío de 1924, decidió que la cuestión de proporcionar informaciones anticoncepcionales pertenecía a la misión y atribuciones que deben desarrollar los Centros femeninos y maternales. El V Congreso panukraniano por la protección de la Mujer y del Niño, celebrado en Karkoff en octubre de 1924, resolvió por su parte que si el mejor método de detener los progresos del aborto y de impedir la esterilidad subsiguiente de las mujeres era la mejoración general de la economía, y la creación en cada ciudad y en cada aldea de Consejos de Asistencia social de las Madres, por el momento el método *más práctico* consistía en la limitación de los nacimientos, problema que debía de abordarse dotando a todas las mujeres obreras y campesinas de informaciones anticoncepcionales convenientes.

El mismo Congreso procedió a pedir que el Consejo Central del Bienestar procurara la asistencia necesaria al estudio de los procedimientos más seguros y los más eficaces para la esterilización temporal de las mujeres. Hacia fines del año 1925 el tercer Congreso del Bienestar maternal e infantil de la U. R. S. S. adoptó una proposición del doctor Gens, en la cual se

decía que "el mejor medio para impedir los abortos, es—dar informaciones anticoncepcionales a las mujeres, mediante consultas especiales y los dispensarios ginecológicos—conceder a las mujeres encinta y necesitadas la más amplia asistencia posible".

Así, a principios del 1926, todos los Consejos oficiales y principales conferencias habían ya adoptado el sistema de la información anticoncepcional por intermedio de los médicos o de los centros de consulta. De cuando en cuando la literatura popular sobre la tesis anticoncepcional adquiría proporciones grandes. Más de diez exposiciones populares de medios preventivos distintos fueron esparcidas por las vías públicas en cantidad de un millón de ejemplares. En diferentes localidades se organizaban conferencias públicas para dar a conocer a todos la importante cuestión. Desde 1926 se han organizado 30 clínicas gratuitas para las mujeres que reclamen los medios de prevención, y son los grandes Centros de Bienestar maternal e infantil en Moscú y Leningrado quienes inauguran y fomentan tales consultas.

Realización de las consultas

Las consultas no se efectúan de la misma forma en todos los sitios. Por regla general, un médico ginecólogo especial es designado por el Consejo sanitario local, y dos o tres días por semana satisface a determinadas horas las consultas requeridas. Para tal trabajo se consagran ordinariamente dos aposentos. El médico es asistido por una o dos enfermeras, o bien comadronas calificadas. En ciertos lugares las informaciones sólo son dispensadas a las mujeres casadas, y ya madres por lo menos de un hijo. En otros es a las mujeres encinta que ya han tenido un aborto, o bien que ya hayan dado a luz, a quienes se les confían. A menudo hay mujeres que se presentan en las consultas para enterarse de cuestiones relativas al eugenismo, o a la forma de tener los hijos; el médico entonces da una consulta general, y la enfermera o la comadrona se encargan de dar a conocer detalladamente el empleo de los medios preventivos. Estos pueden ser adquiridos en casi todos los establecimientos.

A pesar de la vasta difusión de la idea anticoncepcional, tan sólo la población de las ciu-

dades es casi la única en aprovecharla. *Los campesinos escasamente se ven alcanzados por esta clase de propaganda.* Y no obstante toda la práctica de los abortos legalizados, y la propaganda pública de los medios anticoncepcionales, *la Rusia es, como antes de la guerra, uno de los primeros entre los países de natalidad elevada.*

La tasa de la natalidad en la Rusia europea, antes de la guerra, era de 43'8 nacimientos por cada 1.000 habitantes, la que daba una aproximación de 5.200.000 nacimientos por año. En 1923, la tasa era de 42,5; en 1924, de 42,7; en 1925, de 43,0. Mas si la tasa de natalidad podríamos considerar que se ha mantenido invariable, la de la mortalidad infantil se ha inferiorizado muy visiblemente. Véase el cuadro de cifras siguiente, correspondiente a un tanto por ciento, y que detallan las defunciones habidas, hasta hace poco más de un año, en la Rusia europea:

	1920	1924	1925	1926
Ciudades y barriadas ..	28'5	17'9	18'3	17'2
En los pueblos	29'3	19'7	23'3	19'3
Cifra media del país en conjunto.....	29'2	19'3	22'7	19'0

La población aumenta considerablemente cada año. En 1923, denotaba un crecimiento de 19,5 por 1.000; en 1924, de 20,1; en 1925, de 21,0. El aumento anual en la época de antes de la guerra, sólo era de 16,0 por 1.000 (1913). Para poder comparar, véase que el aumento anual en los Estados Unidos, en 1922, es de 10,6; igualmente, en 1924, para diversos grandes países europeos—Alemania, 7,1; Inglaterra, 6,6, y Francia, 1,9—.

PROFESOR PAUL LUBLINSKY

De *The Birth Control Review*.

(Traducido de la reproducción hecha en *L'en dehors* por SAKUNTALA.)



NOTICIAS



Issac Puente.—Aunque fuera de peligro en la enfermedad que ha retenido en cama a nuestro amigo y colaborador Isaac Puente, advertimos a los lectores se abstengan durante unos días de consultarle por correspondencia, a fin de no hacer demasiado trabajosa su convalecencia.

Carlos Brandt.—Por un error del cajista se publicó en el número anterior, sin la firma de su autor, el hermoso trabajo titulado *El gato y el ratón*, original de nuestro estimado colaborador y amigo Carlos Brandt, escrito expresamente para esta Revista. Aun cuando el trabajo en cuestión, como habrán podido reconocer nuestros lectores, no precisa el aval de la firma prestigiosa de su autor para resaltar su valor filosófico y literario, un deber de justicia y de gratitud nos obliga a hacer constar este olvido involuntario.

Asimismo tenemos la grata satisfacción de anunciar la próxima publicación de un hermoso libro de este mismo autor, Carlos Brandt, titulado *Camino de perfección*, que actualmente

tenemos en prensa. Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de su autor. En breve anunciaremos su precio y fecha de salida.

Nuestro extraordinario para 1929.—El próximo número de esta Revista, correspondiente al primero de Enero será, como todos los años, Extraordinario-Almanaque. Conocidos los almanaques de los años anteriores, nada tendríamos que añadir para dar a entender que hemos de hacer un número valioso y selecto, de gran valor científico y artístico, a la vez que de gran utilidad por sus provechosas enseñanzas y por lo escogido de su texto. Pero el de este año ha de su-

perar en mucho al de los años anteriores; hemos de presentar un Almanaque a nuestros lectores que les sorprenderá por su belleza.

Nuestros corresponsales pueden desde ahora indicarnos el aumento que deseen para este número. Su precio será de UNA peseta.

Como para la confección de este número precisamos fondos a fin de atender a sus numerosos gastos, es indispensable que todos los corresponsales se pongan al corriente de pago, y reanuden su suscripción los suscriptores que no lo hayan hecho.

BIBLIOGRAFÍA

Los horizontes de la psicoanálisis, por el Dr. Juarros.—Editorial Mundo Latino.—Madrid.

Los lectores de esta Revista tienen más de un antecedente de las discutidas ideas de Freud. Este célebre psiquiatra vienés ha tenido el original acierto de mostrar la trascendencia que en la formación mental del niño, y en el comportamiento psicológico del adulto, tienen las contrariedades de orden sexual, tan prodigadas, por otra parte, a causa de las ideas reinantes. La Psicoanálisis es el procedimiento de observación psicológica que permite el conocimiento de la vida inconsciente del sujeto, y sirve para el tratamiento de sus trastornos psíquicos.

Educadores y moralistas se resisten a admitir una tal trascendencia de la sexualidad, sobre la que exigen régimen de silencio y de represión. Como no podían menos, las ideas de Freud han despertado discusiones acaloradas y ruidosas, y han sido combatidas con la exageración y el ridículo, a extremos que hay que confesar han llegado más de una vez sus partidarios. El tiempo va apaciguando los ánimos, deponiendo la rijosidad de los prejuicios, y permitiendo un examen atento de la doctrina, que cada vez encuentra una mejor acogida en el público.

Acaso los más destacados impugnadores del método freudiano han sido médicos, y, sin duda, a falta de mejores argumentos, han recurrido al chiste, a la broma y al rasgo de humor. Ni que decir que no es éste el mejor procedimiento de demostrar la exactitud de unas ideas.

El libro del doctor Juarros reúne las seis conferencias que diera en la primavera última, en la Academia de Jurisprudencia. En ellas logra dar una idea acabada de la trascendencia del método, familiarizando al lector con lo más enjundioso e interesante de las ideas de Freud, sobre las que se han escrito ya muchos libros.

El libro parece escrito pensando en los prejuicios prestos a alborotarse, en las ideas trilladas que chocan abiertamente con toda

preocupación educadora de la sexualidad, capaces de ahuyentar todo intento de comprensión del lector. Y su tono reposado, su mesurado lenguaje, la transigencia y tolerancia que deja trascender, no hay duda de que lo consiguen.

El lector, como adelanta en el prólogo, no puede esperar dominar con su lectura el método de análisis psicológico, que exige, ante todo, un profundo conocimiento psicológico y un tacto exquisitos; pero sí llega a comprender su alcance en la educación, en la moral, en el arte, en la pedagogía, y, especialmente, en el conocimiento y dominio de uno mismo, que es donde encuentra su más amplia aplicación y eficacia.

Libertad de amar y derecho a morir, de Luis Jiménez de Asúa.—Historia Nueva.—Madrid.

Este valiente libro del prestigioso catedrático de la Universidad Central, es digno de ser leído por cuantos sienten inquietud por estos temas apasionantes. Los lectores de ESTUDIOS conocen ya los temas y tienen ya una idea formada sobre los mismos, pero no puede menos de ser para ellos interesante el estudio del sabio penalista y las conclusiones que el hombre progresivo obtiene de los mismos.

El delito de contagio venéreo, el certificado prematrimonial, el neomaltusianismo y el aborto, son expuestos y mirados a la luz del derecho. La libre maternidad, o maternidad consciente, es conceptuada con la amplitud de miras que gustamos de mirarla nosotros. Y la libertad de amar, que expone como opuesta al amor libre, no tendríamos inconveniente en suscribirla. Y lo que más extraña y más gratamente sorprende en él, en quien el lector parece esperar un redentorismo legalista, es la fe que pone en la eficacia de la educación sexual y en la libertad del amor, la predifeción que pone en el aumento de la cultura del pueblo, frente al rigorismo punitivo.

Los tres ensayos de que el libro consta (Eugenismo y Maternidad consciente, Eutana-

sia, y Aplicaciones de la Endocrinología a la delincuencia), aparecen tratados con rigorismo científico y una documentación y bibliografía exuberantes. Es el primero el más extenso e interesante, tanto por la índole del tema como por la actualidad y dignidad cívica que campea en la exposición del tema. El tema eutanásico, en su doble aspecto de crimen por piedad y derecho a la muerte sin dolor, es tratado con singular maestría y un notorio acierto. La obligada escabrosidad del tema, para cuya comprensión estamos tan poco preparados, sale de su pluma con la limpidez y lisura de una cosa con la que estamos familiarizados. La conclusión que obtiene, en el capítulo *La solución correcta*, está amasada con comprensión y con calor humano.

El ensayo último, esencialmente médico, es tratado con la competencia profesional que lo hubiese hecho el doctor Marañón, compañero de inquietudes y afanes de Jiménez de Asúa. Dada la trascendencia que sobre el carácter, como sobre el temperamento y el psiquismo, tienen las diversas secreciones internas, no es extraño el empeño de explicar por ellas las manifestaciones de la conducta.

La delincuencia, como dice el autor, tiene múltiples aspectos, y no puede asignársele un solo origen. Pero dado el distinto comportamiento de los sujetos, frente a las mismas situaciones exteriores, es natural tratar de buscar en condiciones orgánicas la razón de ser de la diferencia de conducta. La Endocrinología puede aportar un elemento de juicio, una explicación de ciertas tonalidades del sujeto; pero no puede reducirse a la única clave del secreto. Lo más aclarado ha sido la influencia de la menopausia en la delincuencia femenina y la cuestión del homosexualismo.

Hoy por hoy, y mientras no nos sea posible un más acabado conocimiento de la organización de cada individuo, mientras no podamos reducirla a una fórmula compleja como lo hace la química, la razón intrínseca de las variaciones individuales se nos escapará de entre las manos. Las móviles exteriores, las condiciones sociales especialmente, con ser mucho, no son las únicas determinantes de la conducta. Del estudio de unas y otras resalta un sentimiento de humildad, de modesta cortedad, cuando se trata, no ya de castigar, sino de juzgar las acciones de los demás. Pesan sobre el individuo que delinque demasiadas causas superiores a él para que se pretenda, con una inaudita tranquilidad, exigirle cuentas. La herencia, la educación, el ambiente, las necesidades vitales constreñidas, la salud, el minuto de apasionamiento, la ceguera de la ignorancia o la inconsciencia de la incultura, y hasta las contingencias fortuitas que rodearon al hecho, están por encima de la voluntad del individuo. Queremos creer que la turbación paralizaría también a Jiménez de Asúa si se viera en la

necesidad de juzgar a un hermano en humanidad.

Colección VÉRTICE.—Vaya nuestro sincero y entusiasta aplauso a la Editorial "Vértice", de Barcelona, por su utilísima labor cultural que viene llevando a cabo con la publicación de los hermosos volúmenes de esta colección.

En esta hora, en que el ideal emancipador parece haberse tomado por un *valor al cobro*, bajo un aspecto especulador mucho más reprochable que el espíritu burgués de la peor calaña; en los momentos en que, so capa del ideal, se estraga y pervierte el gusto de los lectores con novelas (algo hay que llamarlo) estúpidas, a fuerza de insípidas y fioñas, como elaboradas en familia y a plazo fijo, pobres engendros de una mentalidad caduca, sin inspiración, sin arte y sin otra finalidad que la conquista del *perro gordo*; frente a esa labor que ridiculiza todo principio noble y elevado, la obra realizada por la Editorial "Vértice", sin alardes de falso *redentorismo*, merece nuestra simpatía y nuestro apoyo, pues es así, con buenos libros, difundiendo la cultura entre el pueblo, como se logrará crear un mentalidad popular elevada y un amplio criterio de tolerancia y fraternidad humana.

Constituyen esta Colección excelentes libros, debidos a las más privilegiadas mentalidades del pensamiento, esmeradamente impresos, en tomos de 160 a 200 páginas, al precio de 1'10 cada tomo. Van publicados hasta ahora: *La lucha por la existencia*, por Darwin; *Apología socrática*, por Platón; *Sobre el pasado y el porvenir del pueblo*, por Lamennais, y *Los habitantes de Marte*, por Flammarion.

Seguirán apareciendo nuevos volúmenes, de Maupassant, Zola, Michel, Proudhon, Senador y otros.

Pueden hacerse pedidos a esta Administración.



IMPORTANTE

Tenemos a disposición de nuestros lectores un extenso catálogo conteniendo más de 2.000 títulos de obras de todas clases, el cual enviaremos gratis a quien lo solicite.

Rogamos nos remitan sello de 25 céntimos para los gastos de envío.

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de "ESTUDIOS"

Los últimos momentos de Miguel Servet

Por Pompeyo Gener

La abadía de Belle-rive, en el ducado de Saboya, sobreesfloreaba todo el caserío del Eluisset desde una altura al sudoeste de Ginebra, delante mismo de la montaña llamada la Salève. Esta abadía era una antigua construcción gótica como un castillo feudal, rodeada de muros y de un parque, transformada después, a estilo del Renacimiento, en suntuoso palacio, por la abadesa Isabel de Salenove. Era ésta una hermosa y noble dama provenzal, de unos treinta años de edad, de la cual no se sabía qué admirar más: si su gran hermosura, su extensa instrucción, su excepcional talento, o su bondad generosa y espléndida. Hija de los condes de Viry, de los cuales había heredado títulos y fortuna, se había criado en la corte de Francisco I de Francia. Había viajado y había estado en Roma. Su vocación era más artística y literaria que monacal. Ella bien hubiera amado a un hombre de gran inteligencia, mas los caballeros que había conocido en los palacios eran frívolos e insustanciales; casi todos de una pura gentileza de forma, bajo la cual se revelaba a lo mejor la brutalidad de la bestia humana. Por eso no quiso casarse.

Tenía sed de ideal, y una vez muertos sus padres obtuvo del Papa que en su posesión de Belle-rive pudiese fundar un convento de Damas Benedictinas, dedicadas al estudio y a la enseñanza, siendo ella la abadesa.

Reformó la antigua construcción, respetando todo lo que tenía de arte, e hizo decorar las salas por los pintores italianos de mayor fama, que el propio cardenal de Rávena le mandó expresamente; tapicerías de Flandes cubrieron las paredes del rectorio, y su salón de recibir fué pronto un verdadero museo al propio tiempo que una gran biblioteca. En el vasto ventanal del fondo, una vidriera de colores suaves, con los escudos de la orden y los de su familia, le permitía ver la Salève, que estaba enfrente. Sillones de ricos cueros de Venecia y mesas monumentales para escribir y leer llenaban la estancia, en cuyos ángulos se alzaban, sobre ricos pedestales, mármoles antiguos y una esfera armilar y otra terrestre.

En esta sala, por la tarde, ella daba audiencia a todo el que se presentaba; y en la abadía, en pabellones construídos especialmente para ello, al fondo del parque, alojaba a los viajeros que allí llegaban. Era la providencia del lugar. Sus vasallos la adoraban, pues más era una protectora suya que una señora de dominio. En aquellos contornos no se conocía la miseria. En el invierno repartía la leña proporcionalmente a las masías y en el otoño los frutos; las mejores reses y las mejores aves de corral eran las que allí se criaban.

Bien es verdad que decían de Isabel los fanáticos calvinistas de Ginebra que era una abadesa pagana, que tenía obras de griegos y de sarracenos que ningún buen cristiano podía leer sin condenarse; que las pinturas de su abadía mostraban frescas y sonrosadas las carnes desnudas de los personajes sagrados o profanos, lo cual es un gran pecado. Mas ella se reía de esto y contestaba:

—Dejadles decir; son mezquinos de entendimiento, que no saben ver a Dios en los esplendores de la Naturaleza.

El 14 de julio de 1553, hacia las dos de la tarde, estaba Isabel tocando en el pequeño órgano de la sala cuando entró una hermana de obediencia diciendo que dos caballeros acababan de descabalar en la plaza de la abadía y pedían hablar con la señora abadesa.

—¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?—preguntó Isabel.

—De Ginebra, y son los señores de Berthelier y de Amié Perrin—contestó la hermana.

—Que suban.

Al poco rato entraban en el salón haciendo sonar las espuelas y saludando con elegantes reverencias, quitándose las gorras llenas de plumas, los dos triunviros de Ginebra adalides del partido liberal humanista, o de los "Francs buveurs", como les llamaban sus enemigos los calvinistas, motejándoles.

Los dos se hallaban en la plenitud de la vida: apenas si contaban cuarenta años. Amié Perrin era un gentilhombre que representaba el poder civil en el triunvirato de la República de Ginebra, y Berthelier era un noble caudillo de la milicia de los patricios.

Ambos eran dos corazones leales, y si el primero se distinguía por su alta instrucción y elocuencia, el otro se hacía notar por su fuerza y valor a toda prueba. Era el hijo de un héroe; su padre había libertado a Ginebra del yugo extranjero, y él era del mismo temperamento. Perrin aparecía fino, elegante, erudito, convincente; Berthelier era un gigante espléndido, bravo y risueño, buen comedor y mejor bebedor, de lo cual sus enemigos habían motejado a todo su partido. Compartían el triunvirato con Calvino, representante del poder espiritual, impuesto por las turbas *reformadas*, compuestas en su mayor parte de hugonotes venidos de Francia y de tráfugas del luteranismo alemán. Y apoyado por éstos, Calvino imperaba.

Una vez cambiados los primeros cumplidos, y sentados al lado de una mesa suntuosa, delante de la abadesa, ésta les preguntó:

—Mis ilustres amigos, ¿a qué debo el honor de tal visita?

—Hemos recibido esta mañana, por un propio, una carta del barón de Anglás—respondió Perrin—, en la cual nos dice que el sabio doctor Miguel Servet, escapado de la prisión inquisitorial de Vienne por la protección del buen obispo Paumier, nuestro amigo, fué a refugiarse a su castillo. Pero como allí sólo ha podido permanecer unos cuantos días, por miedo a ser descubierto, ha salido en dirección a esta abadía. El barón nos recomienda que le visitemos y que le procuremos el paso libre por Ginebra hasta Italia, en donde ya se encontrará en dominios del gran emperador, y por lo tanto, fuera de peligro.

—¿Y vosotros venís...?

—A verle—contestó Berthelier.

—Pues aun no ha llegado—replicó Isabel—, y a fe que estoy con ansia. Hace ya días que recibí una carta de monseñor Paumier notificándome que por orden del inquisidor del Delfinado, Mateo Orry, Servet había sido preso y sentenciado a ser quemado a fuego lento en la plaza de Charnave. El buen obispo Paumier, con el prior de la Costa de San Andrés, le permitieron escapar dándole trescientos *escudos soles* de oro. Pero esto sucedió el 7 de abril, caballeros, y a Servet, que según monseñor Paumier ya debía de haber llegado, aun no se le ha visto por mis dominios y estamos a mediados de Julio. Según parece, Orry le hizo prender y condenar a instancias de...

—De Calvino—interrumpió Berthelier—, ya lo sabemos, señora. Su infame secretario Lafontaine escribió un anónimo al inquisidor del Delfinado fingiéndose un católico escrupuloso y delatándole como autor de un libro de impiedades y herejías, *Christianismi Restitutio*.

—¡Malvado!—exclamó Isabel—; ¡delatar al libro más sublime que jamás se haya escrito! Desde que he leído este libro—y diciendo esto lo cogió de encima de la mesa mostrándoselo a los dos visitantes—venero a Servet como uno de esos seres extraordinarios que el Espíritu Santo inspira para el mejoramiento de los hombres; uno de esos guías que van delante de las generaciones, iluminándolas su paso sobre la tierra.

—Efectivamente—replicó Berthelier—, él se remonta al espíritu de Cristo, dejando la letra muerta. Él ve a Dios en la abundancia, en el esplendor de la vida.

—¡La ley de Cristo es ley de Amor!—añadió Perrin.

—¡Sí, Vida y Amor! ¡Amor y Sabiduría!... ¡He aquí las manifestaciones más genuínas de la Divinidad sobre la tierra!—exclamó Isabel—. Qué diferente el Dios que concebimos del Dios de Calvino, espíritu raquíico, que sólo le ve en la muerte y el sufrimiento. Dios no se le manifiesta más que como el Jehovah judaico: en las llamas, en el castigo, en la renunciación, en la mortificación, en la abstinencia. Por eso no puede ver a Servet, porque es incapaz de amar y de concebir grandes ideas. Además, Servet, en su última obra *Christianismi Restitutio*, tira por tierra la *Constitución* de Calvino.

—Pues ya que todos tenemos las mismas ideas—respondió Perrin—; ya que todos aspiramos, no a una reforma, que esto fuera bien poca cosa, sino a una libre y elevada expansión del Cristianismo, rompiendo los estrechos moldes que fueron impuestos por las exigencias político-romanas, aceptando el esplendoroso Renacimiento de la Belleza, habíamos pensado que el único hombre que podíamos oponer a Calvino era Servet. Sus ideas las profesan y predicán los franciscanos de Italia, pues concuerdan con la tradición que conservan del Evangelio Eterno. La Universidad de Padua las ha adoptado. Colombo de Cremona las estudia con fe. En Venecia son explicadas y aplaudidas, y el mismo Pontífice no las rechaza ni excomulga.

—¿Y podréis en Ginebra oponer este amplio Humanismo a la reforma raquíica de los calvinistas?—preguntó la abadesa.

—Contamos con las primeras inteligencias, con los patricios de raza, con los artistas, con la gente de estudios, ciudadanos honrados, y hasta capitanes ilustres—respondió Perrin—. Las masas tienen la visión raquíica, y Calvino las halaga con lo de la Igualdad delante de Dios, y de que la voz de Dios está en la voz del pueblo, y él por pueblo entiende plebe. Además, él ha hecho domiciliar y ha dado carta de ciudadanía a una turba de aventureros y de extranjeros emigrados, que son los que principalmente le apoyan.

—¡Qué triste debe ser para los verdaderos ginebrinos de antigua raza el predominio de ese extranjero malhumorado e irascible!—observó Isabel.

—Señora!—dijo Perrin—; Ginebra, hoy, sufre la más cruel de las tiranías. Este fanático malvado, ayudado por toda la chusma de los protestantes de Francia y de Alemania, ha entronizado en nuestra hermosa ciudad el terror eclesiástico. Para ello ha organizado una policía negra, que interviene hasta en el interior doméstico, que fiscaliza los actos públicos y privados de los ciudadanos, antes libres. Hoy, señora, el placer es un crimen. Se compra a los criados, se invaden los domicilios, se vigila a las personas. Se separa los maridos de las mujeres. Se hace declarar, por el terror o por el tormento, a los débiles y a los menores. Una pintura, un grabado, una estatua, es causa de prisión; si es profana, por ser obra del diablo; si es un santo, por ser idolatría. Un busto clásico condena a un castigo horrible.

—Hace tres días—continuó Berthelier—hizo dar a un doncel enamorado tantos azotes como versos había dedicado a su amada. A un joven y una señorita les mandó colgar, atados juntos, cabeza abajo, porque se habían besado en una barca, al atravesar el lago.

Y agregó:

—¡Esto ha de acabarse! ¡Ya tenemos bastante y demasiado! ¡Los antiguos ginebrinos no podemos tolerar más esta tiranía, impuesta por este extranjero fanático!... ¡Aun tenemos puestos en el Municipio, en el Gran Consejo y en el Pequeño, y armas... y sangre en las venas!

—Ilustres amigos—dijo Isabel, levantándose—, ya sabéis que, tanto yo como el Gran Duque de Saboya, estamos con vosotros. Buscad por todos estos contornos a Servet, y, si le encontráis, acompañadle aquí, a la abadía. Si llega antes, yo le retendré hasta que regreséis, y, una vez juntos, combinaremos la manera de luchar contra Calvino.

—De acuerdo—respondieron Perrin y Berthelier, tomando los sombreros y disponiéndose a partir. La abadesa, con paso majestuoso, les acompañó hasta la puerta, dándoles la mano a besar, sobre la que cada uno apoyó los labios respetuosamente.

Después de la visita de los nobles ginebrinos, la abadesa llamó dos hermanas de obediencia y se hizo ceñir la pequeña mitra abacial bordada de perlas y rubíes, y poner la cruz de esmeraldas, el manto carmesí y los guantes de seda, y, empuñando el báculo, hizo entrar los que

deseaban hablarla. Colonos que no podían pagar la parte de trigo porque la cosecha había sido muy escasa, y ella les redimía; otros venían a pedir un poco de leña, que ella hacía se la diesen con creces; otros traían cosas a vender para el convento, que ella pagaba a buen precio. A todos les recibía sentada en un gran sillón, con bondad maternal. Por fin, entró una hermana de obediencia a anunciar que la hora de audiencia había terminado. Isabel siguió despachando al último, al que dió una buena limosna, y luego dijo a una hermana de obediencia:

—Ahora, quitadme la mitra y el manto, y con el báculo abacial guardadle, y dejadme sola. La hermana cumplió la orden.

Quando la abadesa quedó sola, se sentó cerca de la gran mesa, quitándose los guantes, y abrió un gran libro que hojeó con interés durante largo rato; y por fin, parándose en medio de un pasaje, exclamó, como deslumbrada por lo que había leído:

—¡Sí! La hermosura, la Belleza, debe ser la vestidura, la forma del Espíritu... ¡No! Yo no sé ver por qué la Virtud ha de ser fea y la Moral triste, como sostienen esos sectarios fúnebres...

Y mientras así discurría, sonó la campana de la cancela, y poco después volvió a entrar la hermana de obediencia con una bandeja de plata, sobre la que había una carta, anunciando que un caballero muy distinguido, que parecía un gran personaje, acompañado de su escudero, acababa de desmontar en la puerta de la cerca, rogando que pasasen aquella carta a la señora abadesa.

Isabel tomó la carta, leyóla, y dijo a la hermana:

—Haced que conduzcan los caballos a la cuadra; y para el caballero y su escudero preparad las mejores habitaciones del pabellón de Santa Ana; y él, que suba.

La hermana salió a cumplir las órdenes. Isabel quedóse ansiosa. Era Servet quien llegaba, y deseaba mucho conocerle personalmente. Sus teorías la tenían entusiasmada; la persecución que él sufría se lo habían hecho interesante por demás; y, lo que acostumbra a pasar, ella se lo figuraba muy diferente de lo que era. Le creía de muchos más años y, como la mayor parte de sabios, vestido pobre o descuidadamente; venerable de expresión, pero nada más que inteligente y amable. Cuál no sería su sorpresa al ver aparecer por la puerta del fondo un gentilhomme de unos treinta y ocho a cuarenta años, alto, de magnífica presencia, de una expresión dulce y altiva a la vez, con ojos negros, de soñador, de esos ojos que parece que miran hacia dentro; la barba cortada a la imperial, el bigote levantado a la borgoñona, una frente espaciosa, el cabello, castaño, muy corto, al estilo de los nobles del Imperio. Vestía un colete de gamuza gris acuchillado, como la trusa, con fondo anaranjado.

Calzaba altas botas ajustadas, también de gamuza gris, con espuelas de plata cinceladas, lo mismo que la empuñadura de su larga espada de lazo, y que la cadena que le rodeaba el pecho y la espalda, y la escarcela que le colgaba del cinturón.

—¡Señora!—dijo Servet, con la gorra de plumas en la mano, haciendo una gran reverencia.

A Isabel le pareció un sueño, una visión ilusoria que aquel gentil caballero fuese el autor de cosas tan grandes... Aquello era la mejor confirmación de que la inspiración divina no estaba reñida con la belleza de la forma. Así es que, hasta al cabo de un momento, no le dijo:

—Adelante, doctor. Os esperaba con inquietud, pues sabía que andabais errante por estos contornos.

Y hablando así, le señaló una silla que estaba cerca de la ventana abierta.

Una vez sentados los dos y cambiadas las primeras frases de cortesía, le explicó cómo el obispo Daumier la había enterado de todo por cartas, y cómo los dos triunviros de Ginebra habían venido a buscarle; y al darle él gracias por el interés que por él se tomaba, siendo un desconocido, la abadesa le respondió:

—¡Desconocido, no! Hace ya tiempo que os conozco por vuestros escritos, y os aprecio en lo mucho que valéis.

A lo cual Servet respondió:

—Pues yo sí que os he visto antes de ahora; pero tan sólo una vez, en Vienne, en el palacio del señor obispo. Fué el día de una función de gran ceremonia. Yo estaba en la tribuna de la capilla, y vos entrasteis, dirigiéndoos a vuestro sitial del altar mayor, cifiendo vuestra mitra

abacial, con el purpúreo manto arrastrando, el báculo dorado en la mano, toda envuelta por una nube de incienso, marchando lenta y majestuosamente. ¡Qué hermosa y qué imponente estabais!

Isabel, turbada por esta galantería, involuntariamente dirigió los ojos hacia la ventana.

—¿Qué miráis, señora?—preguntóle Servet.

—La Salève—respondió ella—, cuyo mayor número de habitantes nos han sido sustraídos por la herejía de Calvino. ¡Ah! El bueno de monseñor Paumier no podrá nunca consolarse de ello.

—¡Qué queréis!—replicó Servet—. Es cosa del tiempo. Cuando nuestro amigo Paumier fué elegido para el arzobispado y señorío del Delinado, gracias a sus grandes virtudes, hará veinticinco años, el mundo estaba tranquilo. Tan sólo en Alemania un monje turbulento no quería obedecer las órdenes de Roma. Pronto un espíritu de insurrección, un aire de revueltas sopló desde el Norte, y toda Europa se conmovió. El Cristianismo estaba petrificado en moldes viejos. Todos hemos reconocido la necesidad de romperlos, restituyéndole al primitivo espíritu supervital y libre del Evangelio de San Juan; es decir, a la inspiración del Espíritu Santo. El dulce San Francisco ya lo vió mejor que nadie, al sentir palpitar el Espíritu de Dios en todo lo creado. Pero las multitudes son groseras, tienen el entendimiento raquítrico, y al rechazar los moldes viejos de la liturgia romana, los han sustituido por otros más viejos aun y más raquítricos, adoptando antiguos dogmas judaicos. ¡Ved! Escolapandius me condenó porque había dicho que el Padre Eterno suponía la Creación eterna y continua. Swigle me llama el *español malvado*, porque sostengo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres personas materiales, sino tres personificaciones, tres aspectos bajo los cuales se considera la Divinidad única. Butzer y Capitus han dicho, hace poco, que se me tendrían de sacar las entrañas.

—¿Y Calvino?—preguntó ella—. ¿Creéis que este picardo solapado es mejor que los otros?

—Este es el peor de todos—respondió Servet—. Intenté convencerle de viva voz en París, y después por cartas; pero todo fué inútil. Al contrario, cada misiva mía le causaba un ataque de rabia. Somos opuestos. El no comprende a Dios más que en la abstinencia, la mortificación, el castigo y la muerte. ¡Y yo le veo en el amor, en la vida; en todo lo que nace, germina y crece; en lo que se desarrolla, es exuberante, espléndido, hermoso! ¡En la creación está el Dios Padre; en la primavera, en el amor, en lo que eternamente rejuvenece la tierra, está el Dios Hijo. La inteligencia, la idea generalizadora del filósofo, la concepción inventora del sabio, la visión genial del artista y del poeta: ved aquí el Espíritu Santo, patente, vivo, palpitante; y todo eso son aspectos del solo Dios que invade los Universos!

Y mirando a Isabel con admiración, cuya figura hermozeaba el resplandor del sol poniente, añadió:

—Vos, señora, sois un testimonio visible de la influencia divina sobre la tierra. Vuestra hermosura, vuestras virtudes, vuestro talento, ¿qué son más que un reflejo directo de la Divinidad misma?

Isabel bajó los ojos como avergonzada por la galantería, y respondió:

—Vos sí que estáis inspirado por el Santo Espíritu, pues tenéis el don de lenguas que Él envió a los Apóstoles, y la facultad de convencer, haciendo ver la Divinidad allí donde no la ven los ciegos de entendimiento.

Y de súbito, viendo que Servet la miraba con atención, apartó la vista y fijóla en una de sus manos, como abstraída por el resplandor de las piedras de los anillos de oro que llevaba.

—¡Qué anillos más preciosos! ¿Son *amuletos*?—preguntóle.

—No, ilustre amiga; los *amuletos* sólo existen para los supersticiosos. Son obsequios de altos personajes amigos. Una turquesa y un zafiro blanco que me dió el Emperador; un diamante de roca antigua, un rubí, una esmeralda del Perú y una cornalina con mi sello, regalo del Gran Duque de Milán.

En esto la abadesa le cogió la mano, y, examinándole los anillos con curiosidad, dijo:

—¡Verdad! Seis, como los seis días de trabajo de la semana. ¿Y el domingo?

—¡Oh! Para el domingo—respondió Servet sonriendo—la joya es mejor que de oro y piedras

preciosas para mí. Es la joya del Espíritu, porque dedico la fiesta a meditar todo lo que he trabajado y aprendido en la semana.

Cambiando de conversación, la abadesa le preguntó:

—Bien; y ahora, ¿dónde os dirigís?

—Señora—dijo—, después que el buen Paumier y el prior de San Andrés me hicieron huir de la cárcel, vengo viajando de incógnito con el nombre de Vilanova, pernoctando sólo en castillos, presbiterios o abadías amigas, para venir a saludaros y ver si me procuráis el medio de atravesar Ginebra de incógnito y llegar a Italia. En Porticella, la casa paterna de los Franciscanos, ya me esperan; allí me conocen, pues fui, hace tiempo, con el sabio Quintana, maestro mío y consejero del emperador Carlos.

—En Ginebra no os detengáis.

—No, porque Calvino ha jurado quemarme vivo. Iré sólo de paso y de incógnito.

—¿Y por qué os odia tanto?

—Primero, porque su cerebro mezquino no puede comprenderme. Y después, porque entre los hombres, el tener talento y fama, es causa de envidia, como entre las mujeres la hermosura. Y además, él sabe que vos hacéis elogios de mí.

—Sí, verdad; Calvino me pretendió, creyendo poder unirme a él y a su causa, con todos mis dominios, como Lutero hizo con su abadesa. ¡Pretenderme a mí! ¡Estúpido!... ¡Sí!... Son celos los que por vos siente, y sería capaz de...

En esto entraron dos hermanas a servir la mesa, sobre la cual colocaron dos cubiertos.

El sol se había puesto. Una luz dorada se diseminaba por el espacio. Los picos de las montañas todavía resplandecían. Hacía una temperatura dulcemente calurosa. Del valle subían olores embriagadores de las flores silvestres, que embalsamaban la atmósfera. Una vez preparada la mesa, las sirvientas pusieron en ella dos candelabros con cirios encendidos. Y fuéronse a buscar los manjares, diciéndoles la abadesa lo que traer debían.

—Doctor, debéis estar fatigado—exclamó Isabel—. Es preciso que recobréis las fuerzas. Hoy estamos a jueves, día en que la regla de nuestra orden me permite comer con vos. Además, tengo dispensa del Santo Padre para los casos en que necesito recibir un personaje de vuestra importancia.

Y alzándose de su sillón junto al ventanal, se sentó en la mesa, señalando la silla de enfrente a Servet. Las hermanas trajeron los primeros platos y dos botellas de vino, y a una seña de la abadesa se retiraron.

—Aquí tenéis un Borgoña añejo, que he hecho subir expreso para vos. Hace ya bastantes años que envejece en la bodega. Este vino os dará un buen sueño y reparará vuestras fuerzas.

—Señora, dispensadme, mas no acostumbro a beber vino—respondió Servet, tratando de rehusar la botella que Isabel le destapaba.

—¡Ah!—replicó ella riendo—. ¿Queréis hacer como Calvino, que por no beber no dice misa? ¡Un protestante se comprende; pero vos... un caballero católico!... ¡Si esto es la fuerza divina hecha líquido en la viña y energía en cuanto penetra en nuestro cuerpo! Una vez bendecido es la sangre del Hijo de Dios sobre la tierra. Vaya, amigo mío... —Diciendo esto, llenó dos copas de cristal de Venecia, y presentándole una de ellas, exclamó—: Un caballero español, un gentilhombré galante como vos, no puede negarme tal merced. Bebed a mi salud, os lo suplico.

—¡Siendo así, señora, acepto! Un deseo vuestro es para mí una orden.

Y tomando la copa:

—¡A vuestra salud!—exclamó, y bebió.

—¡A la vuestra!—contestó ella.

La noche había ya entrado. La luna salía sobre la Saève, brillante y azafranada. Las estrellas empezaban a palpitar en el cielo. Ellos continuaban comiendo; mas, al cabo de un momento, Isabel dijo a su huésped:

—Ya que me habéis hecho tan señalado favor, quiero pedir os ahora otro de mayor cuantía. He aquí lo que tiene el ser demasiado amable con las damas.

—¿Y qué favor puedo hacer os yo, pobre de mí, a vos, dama tan poderosa y de tan grandes dominios?

—El de que os quedéis aquí. ¡No!, no vayáis, por ahora, a Porticella, y, sobre todo, no entréis en Ginebra. El corazón me dice que corréis gran peligro. Sólo de pensarlo, ya me horrorizo. Yo necesito un médico, un buen médico, aquí en la abadía. Tengo una magnífica biblioteca y permiso para adquirir toda clase de libros, aun los prohibidos. Aquí podréis estudiar. Si queréis, se os montará un laboratorio; nada os faltará, y desde aquí combinaremos la manera de aniquilar a nuestro común enemigo. Aquí él nada puede. Estamos en territorio del Gran Duque de Saboya, y yo soy señora de todos estos contornos, que son de mi dominio. Al primer toque de campana, mis vasallos, que me adoran, se alzarían en armas. Además que, en Ginebra, los *perrinistas* aun son fuertes y se levantarían también para ayudarnos. ¡Quedaos! ¡Yo os lo pido! Con el nombre de doctor Vilanova nadie sospechará quién sois. Después, más tarde, si tanto os conviene, iréis a Italia...

—Gracias, ilustre amiga—dijo Servet, emocionado por tanto cariño—. Pero ¿no veis que yo, alojado en el palacio de una abadesa tan hermosa como vos, a los ojos de muchos comprometería vuestro honor?

—¿Y qué importa mi honor delante de la salvación de un genio?—exclamó Isabel en un arrebatado de pasión—. ¡Por bien perdido lo daría sí, estando vos en peligro de muerte, consiguiérais salvaros!

—No—objetó Servet—; yo no puedo consentir que ni la más ligera murmuración empañe vuestro nombre. ¡Antes mil veces me pierda!

Entonces Isabel, levantándose:

—¡Inútil!... ¡Inútil todo cuanto digáis, amigo del alma! Soy señora feudal de estos dominios; tengo el derecho de Justicia; y ahora aquí, por el crimen de haberme robado el corazón, os hago prisionero...

Y al sentirse abrazado por la abadesa, Servet se la quedó mirando entre sorprendido y tierno, como si estuviese soñando aquella realidad. Y la luna llena, ya alta, lo iluminaba todo con sus rayos suaves y voluptuosos.

Una ráfaga de viento cálido, entrando por el ventanal, apagó los cirios.

II

En aquella época, Ginebra era una magnífica ciudad comercial que, a pesar de las luchas que había sufrido, estaba llena de vida y de alegría. Con aquel aire ligero y aquel cielo cambiante, que se refleja en el lago y en el río azul y abundante que de él sale; con el Montblanc encima de ella, irizante al sol; con sus jardines y con los bosques de los alrededores, era ya, entonces, una ciudad contenta y alegre, que representaba, como si dijésemos, las cuatro esquinas de los caminos de Europa: de Saboya a Italia, de Suiza y Alemania, de Lyon y Provenza, del Jura y la Francia del Norte. Todo el movimiento de Europa pasaba por allí. Era una reunión de mercaderes, de cazadores, de artistas, de emisarios y de príncipes. Siempre se veían caras nuevas; continuamente se recibían las noticias de los últimos acontecimientos; comitivas diferentes la cruzaban.

Sus patricios eran amables y buenos, alegres y amantes de la vida. Grandes señores, caballeros y diplomáticos, filósofos y sabios, artistas y frailes, todo el mundo iba de paso; pero se quedaban algún tiempo para descansar y gozar de aquella buena vida.

Los ginebrinos, alegres, *bonsvivants* y satíricos sin malicia, se burlaban de ellos o les convidaban galantemente a sus comidas y cenas succulentas, de caza, regadas con buenos vinos de Borgoña y de Italia y ríos de cerveza. Para ellos, la gran máxima filosófica era la de *primum est vivere*.

Calvino, enfermo, amargo, misántropo, antivital, con el corazón seco y la imaginación llena de las violencias de Israel y de los martirios de la Iglesia, cuando, enviado a buscar por Farel, llegó a esta ciudad, quedó espantado. El paisaje grandioso y alegre de sus alrededores se le apareció como una mala tentación, como una rebelión de la Naturaleza contra la austeridad del espíritu, como una fantasmagoría concupiscente de Satanás. Imaginóse la gente loca y pecadora; las costumbres, crímenes.

Calvino era de una naturaleza miserable. Nacido en Picardía, hijo de un escribiente de Noion, cuando joven trabajó en la Curia eclesiástica y en el Tribunal del Rey; siempre criado entre la gente de justicia y la gente de leyes, de leyes de Iglesia y del Estado. A los doce años ya le hicieron un beneficio, por lo devoto y fanático que era; beneficio que él rehusó pronto, para vivir de casi nada, pues su ideal era la pobreza. Su constitución era raquítica y endeble. Leyendo las Santas Escrituras se pasaba día y noche, tornándose delgado y macilento. Era desconfiado y miedoso, sombrío y mezquino, malhumorado y rabioso. Se escondía de todo el mundo, como si tuviese odio a la humanidad. Era absolutista e inflexible.

Siendo legista y teólogo, de cultura y de carácter, sentía una áspera necesidad de hacer actos de persecución contra el error, y él entendía por error cuanto disenta de su manera de sentir. Se caracterizaba por el espíritu seco y duro de los tribunales eclesiásticos de la época. Para él, fallar era condenar sin apelación ni misericordia. Fué un fanático arbitrario, un Marat de la Reforma. El dogma judaico de la predestinación encontró en Calvino una máquina de hacer mártires. Muerto Servet, y después de su triunfo, diezmó a los ginebrinos sistemáticamente, como si fuesen una epidemia.

Así Calvino, para vivir en Ginebra, buscó la calle más oscura, la sombra más húmeda y verdosa de los muros de San Pedro, y se instaló en la calle de los Canónigos.

Lo que él detestó más de Ginebra, más que la Naturaleza, fueron los hombres. Los enemigos, como los amigos; para él todo era abominación.

Y se propuso hacer triunfar el espíritu ascético, reprimir la Naturaleza hasta con crueldad. Mas su tiranía no era tranquila; cada noche, el Duque de Saboya, o los señores del Delfinado, de Lyon, podían atacarle, como los aliados de Berna, y, entre los partidarios del Humanismo, los liberales, los *bebedores francos*, los *libertinos*, en una palabra, los verdaderos patricios de raza que no querían saber nada de esa *salvación* imperativa que él imponía con la muerte. Para hacerse fuerte organizó una policía inquisitorial. Alistó todos los protestantes trásfugas de Francia y de Alemania, gente endurecida en los combates y el destierro, y se organizó una banda de espadachines a sueldo, una guardia negra dispuesta a todo, que él desde el *Obispado* gobernaba.

El edificio del *Obispado* había sido antes el palacio del obispo, que el fanático Farel y los reformados habían echado, para entregárselo a Calvino. Este lo convirtió en cárcel. Colocado en lo más alto de la ciudad, desde sus grandes ventanales se divisaban el lago, la Salève y las montañas, cuyos picos y ondulaciones cerraban el horizonte. Calvino, desde lo más alto de la torre, vigilaba, sobre todo de noche, armado de un gran catalejo colocado sobre un trípode. Por la ciudad y sus alrededores hacía tener teas encendidas en gruesas parrillas al extremo de altos palos. Así él podía vigilar siempre, a punto de dar el primer grito de ¡Alerta!... Los arcabuceros negros rondaban la villa de noche, y la *policía de moral evangélica* hacía lo mismo de día, fiscalizando los actos de los ciudadanos. Y el hombre de confianza de Calvino, que mandaba todas estas fuerzas, era Lafontaine, noble aventurero francés, activo y sin escrúpulos de ninguna clase.

El otro poder suyo era la oratoria; cada día sermoneaba al pueblo. Como era astuto, se apoyaba en el bajo pueblo, al cual halagaba, diciéndole que la voz del pueblo era la voz de Dios. Espíritu egoísta y reservado, todo cuanto predicaba era calculado y destinado a un fin. Elocuente sin elocuencia, emocionante sin emocionarse, era tan práctico, que siempre aludía a cada uno, pareciendo que no aludía a nadie. De una actividad infatigable, su espíritu siempre se hallaba en tensión, como el arco de la ballesta que está a punto de disparar la flecha; y él no disparaba sin hacer blanco ni sin que el golpe fuese mortal.

Como no tenía corazón y no compadecía a sus contrarios, a cada instante hacía ahorcar a los que no eran de sus ideas. El camino de Champel estaba rodeado de horcas. Y si antes eran las hojas de los árboles las que sombreaban el camino, durante su dictadura fueron los cadáveres que colgaban de las horcas, tanto que aquel camino ya era nombrado *La calle de la Mala Sombra*.

A principios de agosto de 1553, los antiguos patricios, los *francos bebedores* o perrinistas, habían perdido terreno. Con la ayuda de las multitudes fanatizadas, Calvino les había impuesto una ley tiránica sobre las costumbres. Estaban vigilados, y si bien tenían puestos en los Consejos, estaban casi reducidos a la impotencia. Calvino preparaba un golpe de Estado para desembarazarse de ellos definitivamente. Era una lucha a muerte entre el poder civil y el poder eclesiástico pastoral, que había tomado la supremacía.

Y en este momento, por su desgracia, nuestro Miguel Servet entró en Ginebra.

* * *

¿Cómo? ¿Por qué? Vamos a decirlo.

Él entró en Ginebra, de paso, con el nombre y los documentos del doctor Villamonti, médico del Gran Duque de Milán, con el cual tenía gran parecido, para llegar a tierras de Italia, donde estaría ya salvado. El motivo de haberse marchado de la abadía, fué el siguiente: instalado allí, comenzó a visitar los enfermos de los dominios de la abadesa Isabel, y sus curas fueron tan grandes, que bien pronto se divulgó por todos aquellos contornos la fama de que en la abadía residía un doctor que curaba los enfermos más graves sin sangrarles ni hacerles sufrir. En seguida, un inmenso gentío que había perdido la salud, acudió a Servet en busca de remedio a sus males. Lo de curar sin sangrar hizo sospechar a muchos, entre otros, algunos médicos de las cercanías; así es que, siendo su estancia en Belle-rive demasiado notada, a pesar de los ruegos de la buena Isabel, por no comprometerla más y por no comprometerse él mismo, determinó salir para Italia, pasando, como debía pasar forzosamente, por Ginebra. La abadesa le recomendó a los amigos de dicha ciudad, y en especial a la dueña del Hostal de la Rosa, que era donde se hospedaban todos los grandes personajes. A más, el Duque de Saboya le recomendaba también como siendo el doctor Villamonti, médico del Gran Duque de Milán, que volvía al palacio de su príncipe.

Para no ser tan notado, dejó su escudero y marchó solo. La abadesa, que salió a despedirle hasta el término de sus dominios, con dos hermanas y su criado, se quedó mirándole desde una altura, y cuando el caballero a lo lejos desapareció, saludándola con la mano, arrancó un sollozo y dijo, dirigiéndose al escudero:

—¡Ya no le veremos nunca más!

III

La hostería de la Rosa, de Ginebra, estaba situada esquina de la plaza del Molard y de la calle del Ródano. En 1553 era la posada más confortable de la ciudad, y a ella iban a hospedarse todos los grandes personajes que llegaban de tránsito. Allí paraban los Duques de Milán y de Saboya, el Gran Elector de Sajonia, todos los señores del Delfinado y de Borgoña, y hasta se decía que había pasado en ella una noche el Emperador Carlos.

En la planta baja, dando al patio, había una gran cocina, visible en verano por tener puertas y ventanales abiertos; dentro, en un gran hogar, y sobre enormes asadores, se cocían piezas de caza mayor. En grandes cacerolas de reluciente cobre estañado, se guisaba, encima de los fogones, toda clase de vituallas. Delante, los cocineros destapaban las cacerolas y revolvió las salsas;

Y en una gran mesa, varias mozas, frescas y sonrientes, preparaban las ensaladas y las frutas para los postres, colocándolas en amplias fruterías que hacían *pendant* con unos grandes quesos. En un ángulo de la cocina, y sostenido por un trípode de hierro forjado, había un gran mortero para triturar las especias. Todo despedía un olor de buena comida, que hubiera abierto el apetito al más desganado. Al otro lado del patio, delante de la cocina, estaba el comedor, todo de roble tallado, con las paredes cubiertas de tapices, los armarios llenos de loza y cristalería. En medio de estas dos piezas estaba el patio, que comunicaba con ellas y con la plaza. Era porticado y cubierto con una claraboya de cristales decorados, circuido de una galería a la altura del primer piso, adonde se subía por una escalera suntuosa. En un ángulo había una chimenea con morrillos de forja, que durante el invierno calentaba toda la planta baja. Algunas mesas y sillas servían a los que entraban a beber un canet de dorada cerveza, o un vaso de buen Borgoña. A la izquierda y cerca de la cocina, detrás de un mostrador lleno de canets, de fiambres y de botellas, había una mujer hermosa y joven, fresca y alegre como una mañana de primavera, y rubia como un rayo de sol. Era Rosa, la dueña de la hostería y mujer de Fritz, el cocinero; era éste un sujeto de unos cuarenta y cinco años, gordo y campechano, que se pasaba la vida dentro de la cocina cuidando los asados y catando las salsas, como quien hace un trabajo de gran importancia.

El día 12 de agosto, a las diez de la mañana, Rosa se encontraba cerca del mostrador hablando con un viajero recién llegado, que acababa de mudarse y arreglarse en su habitación. Era Miguel Servet. Rosa había ya recibido el día antes carta de la señora abadesa de Belle-rive, y todo estaba a punto para él. Servet, para no inspirar sospechas, se había vestido ricamente a la italiana, con un vestido de brocado verde y oro, todo acuchillado, llevando el Toisón al pecho y la espada al costado, como un verdadero gentilhomme. Al primer golpe de vista, Rosa comprendió que aquél era un gran personaje, y sintió viva simpatía hacia él. Y le escuchaba sonriente, enseñando sus blancos dientes con graciosa coquetería.

—Es decir, ¿que queréis marcharos mañana por la mañana, por el lago?—preguntó la joven con interés.

—Sí, y lo más pronto posible.

—¡Qué lástima! Si alguna vez llega algún personaje franco y simpático como vos, en seguida se va... ¿Por qué no os quedáis?... No os lo digo por codicia, podéis creerlo. Quisiera que os quedarais mucho tiempo aquí, entre nosotros, aunque fuese de balde. Me han dicho que sois un gran médico, un sabio, al servicio del Duque de Milán.

—Si yo no escuchase más que la voz de la simpatía, seguramente pasaría algún tiempo entre vosotros; el lugar me place y la compañía también; pero es necesario que me vaya pronto, pues vengo sólo de paso.

En esto bajaban muchos viajeros por la escalera. Algunos llevaban un libro en la mano. La mayor parte iban vestidos de negro o de colores oscuros.

—¿A dónde van estos señores?—preguntó Servet a la gentil hostelera.

—A oír el sermón de monseñor Calvino, que les predica virtud y... —acercándose a su interlocutor y bajando un poco la voz, le dijo casi a la oreja—y abstinencia. ¡Ay, Dios nos guarde que nos oyese!

—¿Por qué?—interrogó él.

—¡Ay! Cómo se conoce que sois forastero; monseñor Calvino tiene una policía más severa que la del Santo Oficio de España; y pobre del que murmure de él; si es noble, le corta la cabeza o le quema vivo; y si es del pueblo, le emprisiona o le ahorca.

—Me parece, buena Rosa, que no os hace mucha gracia monseñor Calvino.

—Dios me perdone, pero a vos ya os lo puedo decir. Desde que él predica, aquí no se hacen aquellas comidas de otro tiempo. ¡Si hasta quería que el domingo estuviésemos encerrados y no cociéramos nada, como un castigo! Suerte tenemos de los forasteros como vos, y de los señores Berthelier, Perrin, los Vandei y otros, que, siendo miembros del Consejo, se rien de él y nos permiten tener abierto, y vienen aquí a hacer sus comilonas.

—Pues decid que el que aquí no va al sermón debe correr gran peligro...

—Ya lo creo, más si es persona importante. Yo, que vós, iría a San Pedro a las once. Así oiríais su sermón, y nadie os diría nada cuando querráis partir por el lago, habiéndoos visto en la basílica; si no, podrían creer que sois un papista; sobre todo el señor Lafontaine, que todo lo nota y registra. ¡Es más escrupuloso!

—¡Sí! Tenéis razón; para evitar molestias, iré a San Pedro dentro de un rato.

En éstas estaban cuando apareció el doctor Guinetti, a quien Rosa se apresuró a presentar al doctor Villamonti como médico del Gran Duque de Milán. Los dos hombres saludáronse afectuosos, y luego discutieron largamente acerca de varios puntos relativos a su carrera, quedando Guinetti encantado, más que de la noble figura y altísima discreción de su interlocutor, de sus raras teorías, nunca por él oídas, acerca de la anatomía y fisiología del corazón y de la circulación de la sangre.

Y mientras Miguel Servet hablaba, Rosa, aunque con disimulo, no apartaba de él los ojos, sintiendo que una simpatía que, por lo intensa, bien pudiera llamarse amor, crecía en su alma y le arrastraba hacia aquel desconocido, en quien su cauto instinto de posadera y de mujer presentía un misterio novelesco.

IV

El entusiasmo del doctor Guinetti fué funesto para Servet. Como un loco fué contando por todas partes que en la hostería de la Rosa había un gran sabio que había descubierto que la sangre circulaba; y la nueva, de boca en boca, llegó en pocos momentos hasta los oídos de Lafontaine, a quien le faltó tiempo para contárselo a Calvino. Al decirle lo que pasaba, éste respondió a su secretario:

—Vigílate y entérate bien de si es él.

Y Lafontaine en seguida fué a situarse cerca de la hostería de Rosa, teniendo la vista fija en la puerta. Al poco rato de llegar, vió que salía Servet, y siguióle. Iba a San Pedro, y no se dió cuenta de que le seguían. Atravesando el Molard, subió por el Perrón, y, pasando por el claustro de San Pedro, penetró en la catedral, cuando las campanas acababan de tocar y el pastor Farel comenzaba a entonar los salmos en el órgano, acompañado de los fieles, que respondían a coro.

Lafontaine dió la vuelta y penetró por la puerta de la sacristía, mientras Calvino acababa de ponerse los ornamentos para subir al púlpito. La parte baja de la nave estaba completamente en la penumbra, de manera que no podía ser distinguido más que de los que tenía cerca de él, que eran algunas mujeres y hombres que no se fijaron en nada. Pero el perro de presa de Calvino había visto dónde estaba; así es que, al entrar en la sacristía dijo, lleno de contento, a su amo:

—¡Ya le tenemos! ¡Está aquí en la iglesia!

—Explicadme—díjole Calvino—. ¿Qué clase de hombre es?

—Es alto, bien plantado, guapo; con barba castaña a la imperial, frente espaciosa, ojos negros de soñador; va vestido de brocado verde a la italiana, todo acuchillado, con cabos y herretes de oro. Lleva un pequeño sombrero de terciopelo con plumas, y un Toisón en el pecho; rica espada y escarcela, y calza botas ajustadas, con doradas espuelas. Parece un príncipe.

—¡Sí, es él!—murmuró Calvino—. Siempre esa manía de exhibición de su persona, tan de acuerdo con su herejía.

—¿Qué hacemos?—preguntó el polizone.

—Tomad unos cuantos hombres de los nuestros, de los más bravos y de mayor confianza; seguidle y procurad cogerle dentro de la hostería; atadle y traédmele al Obispado. No vayáis solo, porque es valiente y tira muy bien toda clase de armas. Y esto, como os digo, mejor en la hostería que en la calle; en la calle quizás acudiesen algunos *libertinos* que tomarían partido por él, y lograrán arrancároslo de las manos. En fin, *vivo o muerto* traédmele esta tarde a las cárceles del Obispado.

Lafontaine ya se marchaba, cuando Calvino añadió:

—¡Escuchad! ¡No sea que nos equivoquemos! ¿Dónde está situado él en la iglesia?

—Al lado de la columna de enfrente del púlpito.

—Pues bien; di al sacristán, que ahora está arriba, que en cuanto yo me santigüe para empezar el sermón, descorra la cortina del ventanal que está encima de mí; así un rayo de sol lo iluminará, y yo, con una seña, te indicaré si es él.

Efectivamente, así se hizo; y cuando Servet menos lo esperaba, al estar Calvino en el púlpito, se descubrió el ventanal, y la luz, de lleno, púsole en descubierto toda su figura. Lafontaine miraba escondido detrás del altar mayor. Calvino, al acabar de persignarse, con la cabeza dijo que sí.

* * *

Al terminar la ceremonia, Servet volvióse a la hospedería, recorriendo pausadamente algunas calles. De la catedral, a toque de campanas, salía, como de costumbre, los domingos, Calvino, la Biblia en la mano, seguido de una multitud fanática que entonaba salmos al Dios de Israel. El versículo primero lo cantaba Calvino, y después lo repetían todos los demás. Al atravesar la procesión el Molard, y al pasar por delante de la puerta de la hostería de la Rosa, se encontraban allí varios caballeros extranjeros, entre los cuales había un francés vestido de seda-blanca bordada, que miraba la negra comitiva, sonriendo con ironía. Una vez pasada:

—¡Triste humanidad!—exclamó dirigiéndose a los otros—. Esta multitud que sigue a Calvino, hace pocos años iba detrás del obispo al salir de misa. La turba rompe unos moldes y al momento se encierra en otros, iguales o peores. Las almas de esclavo necesitan tener un amo. ¡Qué pocos gentileshombres hay, en el verdadero sentido de la palabra; es decir, hombres de espíritu grande y libre!

—¡Caballero!—gritó Lafontaine saliendo de improviso y poniéndole las manos en la espalda— ¡Habéis blasfemado! ¡Besad el santo suelo!

Los del grupo, espantados, dijéronle:

—¡Besa la tierra y arrodíllate si no quieres ser preso y condenado!

Y Lafontaine, con toda su fuerza, obligó a arrodillarse. En esto Servet venía por el Molard, y apretando el paso, con aire resuelto, se dirigió al noble francés, cogióle y le ayudó a levantarse diciéndole:

—¡Teneos de piel! ¡Así deben estar los hombres dignos, los que dicen la verdad, pese a quien pese! ¡Mirad siempre a lo alto y hacia el cielo! ¡Al suelo, los reptiles!

Y fulminando una mirada que dejó anonadado a Lafontaine, entró en la hostería.

El secretario de Calvino retrocedió. Se había adelantado solo y no tenía a ninguno de los suyos allí cerca. Así es que fué a buscarles, y pronto, diseminándoles por los alrededores, pusieron sitio a la hostería:

Una vez dentro de la hostería, la buena Rosa, que no se había enterado de nada, contenta se dirigió a Servet, diciéndole:

—Doctor, la comida os espera.

Y cogiéndole por la mano acompañóle a una pequeña habitación, situada al lado mismo del comedor, donde había una mesa espléndidamente puesta con blanquísimas toallas, cubiertos de plata, vajilla de Fayenza y cristalería de Venecia.

—¿Qué os parece esta sopa?—preguntó, señalándole una sopera que humeaba—. Es de caldo con las cuatro carnes.

—Excelente, buena Rosa.

—Ya me diréis algo de estos langostinos, arreglados y condimentados por mis manos—añadió presentándole una fuente llena—. Son de Mantua, de lo mejor que sale al mercado. Además, tenéis truchas asalmonadas, escalopas trufadas, un pollo asado bien a punto, ensalada con huevos duros, melocotones, queso fresco de Chaully, Ementhaler, pastas y vino; ¡ah!, un buen Mercurey y un buen Ivorne. Una comida que ni la del Gran Elector de Sajonia.

—Todo es admirable como vos, Rosa; pero no bebo vino—dijo Servet, amable.

—¿De verdad que no bebéis vino?—preguntó ella extrañada—. En fin, os traeré cerveza refrescada con hielo: así digieréis mejor.

Y al marcharse dirigió una mirada tierna e insinuante a Servet, que se sentaba a la mesa. Aun no había terminado de comer la sopa, cuando entró Rosa con un gran jarro de cerveza, y dijo a su huésped:

—El señor D'Amié Perrín pide permiso para ver al señor doctor de Villamonti.

El se lo dió, y en seguida aquél entró en la estancia, abrazando a su amigo.

—Esta mañana he recibido una misiva de la abadesa Isabel, llevada por un propio—dijole—. Me hace saber que os encontráis aquí de paso, y me pide que os facilite una salida segura por el lago o por donde sea. Hoy, amigo mío, no es como la última vez que nos vimos en la abadía; las cosas han cambiado y Calvino lo puede todo. He ido a alquilar una barca al lago, y no he hallado ninguna disponible. Los barqueros se han marchado casi todos. Dos me han dicho que con el viento que reina es imposible hacerse a la vela. Otro me ha contado que tenía el timón roto. Un amigo mío me ha referido que hará cosa de una hora ha visto a Lafontaine hablando con los barqueros, y que muchos han huído en seguida. Temo que Calvino haya sospechado que estáis aquí. Creo que lo mejor será que os escondáis, disfrazándoos...

—Sí, de cocinero—dijo entrando Rosa, que escuchaba ansiosa la conversación—. ¡Sí! Yo os haré afeitar y os vestiré con el traje de uno de los marmitones, que es alto como vos. Si corréis peligro, yo os salvaré; en el establo están los caballos de las postas y el carrito de las vituallas.

—Lo mejor será que con este carro hagamos la salida al ponerse el sol—dijo Perrin—. Con la oscuridad fingiremos que vamos a cenar a las afueras, y a vos dentro del carrito, de cocinero y con las vituallas, nadie nos dirá nada, y en habiendo salido de estos dominios, subiréis a un buen caballo y continuaréis el viaje.

—Está bien—contestó Servet maquinalmente y sorprendido.

Perrin, despidiéndose, díjole:

—¡Hasta las ocho! Cuando nadie mire, yo entraré por la puertecilla que da a la cocina. Conozco los escondrijos de la casa.

—Yo la dejaré entornada—dijo Rosa—. Adiós, señor de Perrin.

—Hasta la noche—contestó éste, y salió.

Mientras esto pasaba en el pequeño comedor, cuatro esbirros de mal aspecto, armados de grandes dagas, entraban por la puerta disimuladamente e iban a esconderse detrás de unos grandes toneles colocados debajo de la escalera. Uno de ellos llevaba unas cuerdas. Rosa hacía comer de prisa a Servet, diciéndole:

—Bien, acabad, y venid conmigo a la cocina. Allí os cambiaremos de ropa y os afeitaremos, y nadie sabrá quién sois. Creed, señor, que con lo que os recomendaba la señora abadesa y con lo que hemos hablado esta mañana, comprendí en seguida que no sois persona agradable a monseñor Calvino... Yo por esto os quiero más, y estad bien seguro que todo lo haré por vos. Ea, ¡venid conmigo hacia la cocina!

Servet se levantó, y cogido de la mano de Rosa iba a atravesar el patio, cuando entrando por la puerta Lafontaine se le encaró, diciéndole:

—¡En nombre de monseñor Calvino, daos preso y seguidme!

Rosa se quedó pasmada. Servet dió un paso atrás y puso la mano en la espada, que no acabó de sacar porque los cuatro espadachines, saliendo de detrás de los toneles, le acometieron por la espalda, sujetándole. Lafontaine le puso una daga al cuello, diciéndole:

—Si os movéis, os mato.

—¡Miserable!—gritó Servet, al mismo tiempo que Rosa botaba sobre Lafontaine, arañándole y quitándole la daga; y ya iba a herirle con ella cuando los marmitones y su marido, saliendo de la cocina, la desarmaron, tratando de llevársela, mientras Servet se retorció, ya atado, para deshacerse de los que le sujetaban.

—¡Ladrón! ¡Malvado!—gritaba la hostelera a Lafontaine.

—Sacad a esta mujer de aquí—dijo éste al marido—o me la llevo presa.

Y a empujones la hicieron entrar en la cocina.

Lafontaine, cogiendo el Toisón de Servet, le dijo, sacándose el de un tirón:

—¡Venga eso!

Después le arrancó la escarcela del cinturón y la espada del talabarte, sacándole también todos los anillos de los dedos.

—¡Ahora, a la cárcel del Obispado!

Y los sicarios se llevaron a Servet maniatado como un Cristo, y pegándole con un cabo de cuerda para que anduviera de prisa.

—¡Ah!—añadió Lafontaine dirigiéndose al hostelero—. ¡Todo su equipaje, y el arnés con el caballo, al Obispado! Todo, ¿entendéis? ¡Y, en seguida!

Y marchándose por la puerta con las joyas del prisionero, se detuvo un momento antes de salir para examinarlas. Contó los anillos, abrió la bolsa, y al verla llena de escudos de oro su vista se iluminó de alegría. Después, mirando el Toisón, exclamó: “¡Buena presa, por Cristo!... ¡La causa evangélica ha ganado... y yo también!”

Y lleno de contento corrió a juntarse con sus sicarios.

Entonces Rosa salió de la cocina con un trinchante en la mano para atacarle por detrás; pero antes de atravesar el patio, su marido y varios marmitones la sujetaron y desarmaron otra vez, mientras ella gritaba amenazadora:

—¡No importa!... ¡Yo le mataré!

V

Era el 13 de agosto cuando Miguel Servet fué detenido en la hostería de la Rosa y llevado a la cárcel del Obispado. Allí se le encerró en un calabozo interior que daba a un patio del edificio, local infecto y húmedo, lleno de ratones y de arañas, desde el cual, al cabo de poco tiempo, Servet se quejaba de haberse llenado de piojos y de haber cogido un fuerte reumatismo. Una vez allí, se le trató lo peor posible; Calvino y los suyos iban a insultarle desde la ventana, gritándole *malvado, belitre, puerco* y otras lindezas. No se le dejó cambiar de ropa, ni cuando, cayéndosele a pedazos la que llevaba, el Consejo, compadecido, dispuso enviarle otra. El mayordomo del Obispado era partidario de Calvino y no cumplía más que las órdenes de éste, que eran de atormentar y de hacer pasar hambre al preso.

Una ley antigua de Ginebra, muy justa, decía que, en caso de detenerse a alguien por una mera acusación, debía de ponerse preso, al mismo tiempo, al acusador, y si resultaba inocente el acusado, aplicarle al otro la pena que a éste correspondía a haber resultado culpable. Así es que Calvino, por de pronto, hizo firmar la acusación a Lafontaine, constituyéndose éste preso en uno de los mejores cuartos del piso principal, siendo puesto en libertad a las pocas horas, por haber presentado una Geografía de Ptolomeo, traducida por Servet, como primer cuerpo de delito. El describirse en ella toda la Judea como un país seco y árido, constituía un sacrilegio, ya que la Biblia dice que allí estaba el Paraíso terrenal.

Salido Lafontaine de la cárcel, Calvino, tanto o más que él, tomó parte en la causa. Cumplida esta formalidad hipócrita, el 17 de agosto, como fiscal y jefe de la policía evangélica, Nicolás de Lafontaine formulaba la acusación ya extensamente en contra de Servet, de conspiración contra el Estado de Ginebra; de herejía, por sostener que la sangre circula por el cuerpo y le da vida merced al aire que entra por los pulmones y la purifica, y de blasfemia, por afirmar que las tres personas de la Santísima Trinidad no eran tres personas reales, sino tres personificaciones de los aspectos de la Divinidad. Y por todo esto, y por querer destruir la *verdadera Cristiandad*, o sea la *Reforma Evangélica*, pedía que fuese quemado públicamente, como correspondía a los herejarcas.

Desde que se supo el encarcelamiento de Servet, ninguno de los antiguos ciudadanos de Ginebra dudó ni un solo momento de que sería sacrificado por Calvino; y es preciso decirlo en honor de los ginebrinos de raza helvética, de los patricios, *edignots, francos bebedores o libertinos*, como les llamaban los protestantes calvinistas: ninguno de ellos aprobó el acto de Calvino. Al contrario, todos se pusieron a favor de Servet, haciendo cuanto pudieron para salvarle. En seguida comprendieron que la muerte de aquel gran sabio significaba el triunfo completo de la dictadura pastoral, y que la cuestión estaba planteada como en un desafío a muerte: SERVET o CALVINO, tal era el dilema. Allí había una vida que sobraba, y los buenos ginebrinos, lo repito, pensaron que era la de Calvino. De momento se hizo una verdadera coalición para estorbar que el proceso se llevase adelante, y más aun, para que Servet fuese absuelto y Calvino condenado por conculcador de las leyes de la República. Las reuniones tenían lugar en la hostería de la Rosa. La hostelera hacía pasar secretamente los avisos, y les ayudaba con toda su alma, convenciendo a los dudosos, animando a los débiles, colaborando con los más decididos. Ella era la que iba a la abadía de Belle-rive a comunicarse con la señora abadesa, la cual, en cuerpo y alma, también estaba en la gran conjura. Hasta se pensó en armar gente en sus dominios y en los Estados del Duque de Saboya, para caer sobre Ginebra cuando los patricios se sublevaran contra el César *ensotonado*—que así lo llamaban—y sacar de la cárcel a Servet triunfante.

Pero como los patricios de raza tenían puestos en el Grande y en el Pequeño Consejo, primeramente resolvieron luchar en el proceso. Este tenía dos partes: una religiosa y otra como reo de Estado. La primera, gracias a las obstrucciones de los perrinistas, duró del 13 de agosto al primero de Septiembre; ocho sesiones, de las cuales dos tuvieron lugar el 17 de agosto en el mismo Obispado, en Pequeño Consejo. La segunda, o sea la causa política, tuvo sólo dos sesiones: la primera el 15 de septiembre, y la segunda, que duró desde el 23 al 26 de octubre, siendo declarado el Pequeño Consejo en sesión permanente.

Los perrinistas, viendo que en el Pequeño Consejo no podían prevalecer y que aquella causa correspondía al Gran Consejo, mientras se preparaban para dar la batalla en favor de Servet, hicieron el vacío en el Pequeño Consejo. Nunca dejaron que hubiese el número legal de miembros para acordar y fallar. Solamente dos de los síndicos asistían a las sesiones, dos calvinistas, d'Arlo y Desfosses Peruet. El tercer síndico, Etienne, llamado *Chapeo rojo*, como era liberal, no asistía casi nunca. Sólo iba un momento, en las sesiones de peligro, para enterarse de lo que pasaba o para hacer alguna obstrucción al fallo condenatorio. Beney, Aubert, Bonna, Bulini y, sobre todo, Berthelier, Perrin y los hermanos Vandel, no entraban más que para votar en contra. En la primera sesión eran veinticinco, contando a Lafontaine, que hacía de fiscal. El 23 de octubre sólo eran diez y siete, de los cuales muchos eran contrarios a Calvino. Los dos Vandel, Jaime Chautemps, y Curtel, llamado *el tonelero*, no asistieron para dificultar la votación. P. Jean, Jessé, Perna, Pedro Bonna y Esteban, el del *chapeo rojo*, síndico que estaba ausente en la sesión de 15 de septiembre, acuden a la de 23 de octubre, para votar con los que, como Berthelier, Perrin y los Vandel, van sólo la noche del 26, pues eran los que llevaban toda la maniobra en contra de Calvino. Muchos de la mayoría, aunque protestantes y partidarios del estado de cosas llamado Evangelio, comprendiendo la injusticia del acto, no asistían a las sesiones. Si no hubiese sido por Lafontaine, d'Arlo, Desfosses Peruet y otros, que apoyaban al dictador incondicionalmente, Servet, a las pocas sesiones, hubiera sido absuelto y puesto en libertad.

Pero la cuestión era de vida o muerte, y Calvino, sabiendo que los perrinistas pensaban en la sesión del 26 llevar la causa al Gran Consejo de los patricios, donde tenían mayoría, resolvió dar un golpe de Estado... ¡Le iba la cabeza!



En la tarde del 26 hizo dar la orden a todos los miembros del Consejo de que aquella noche (era un sábado) se acabaría el proceso con la votación de la pena de muerte o la absolución del reo. Y que no se levantaría la sesión, velando toda la noche, si fuese necesario, hasta que se

hubiese pronunciado el fallo. A las primeras horas de la tarde, llamó a Lafontaine a su despacho, en su casa de la calle de los Canónigos, y en su propia oficina. El despacho de Calvino era pobrísimo, como lo restante de sus habitaciones. Unas paredes que habían sido blanqueadas, sobre una de las cuales había una gran cruz de madera negra; un armario de roble lleno de legajos y de rollos de documentos y papeles; una mesa, de roble también, con un tintero de latón con plumas de ganso, una campanilla y unas hojas de papel blanco; un sillón y unas cuantas sillas de cuero completaban el mobiliario; en el techo, vigas, y en la ventana, desde la cual se veía el Obispado, cristales pequeños emplomados.

Al llegar Lafontaine, Calvino estaba ya impaciente esperándole.

—¡Y bien!—le dijo—; ya veis dónde nos han llevado tantas contemplaciones. Es indispensable acabar con Servet de una vez, porque, de otro modo, los vencidos seríamos nosotros. Urge, por tanto, condenarle y quemarle lo más pronto posible. La sesión del Pequeño Consejo, que se reanudará dentro de pocas horas, ha de ser la última. Al amanecer, se le saca de la cárcel y se le quema.

Un poco desconcertado, Lafontaine repuso:

—Mañana es domingo y la ley dice que no puede haber ejecuciones en días de fiesta.

—¡En estos casos se prescinde de la ley! ¡Nos va la salvación de la Comuni6n evangélica! Da, pues, inmediatamente 6rdenes al verdugo para que con sus ayudantes se traslade al llano de Champel, y, en cualquiera de aquellos montículos, levanten una hoguera al abrigo del viento que empieza a reinar, pues me parece que mañana tendremos tempestad. El Dios de Israel ya sopla de ira porque retardamos el castigo de este malvado espa6ol, enemigo de su santa causa. Avisa a todos nuestros fieles. El sacristán de la catedral y Graset, mayordomo del Obispado, te ayudarán. Que acudan todos los evangélicos, antes de apuntar el día, delante del Municipio; allí la sentencia será confirmada por la voz del pueblo, y después hacia la puerta de San Antonio, y a Champel a quemarle: vivo, si no se arrepiente; muerto, si abjura todas sus herejías.

—Lo haremos tal como queréis. ¿Nada más?

—¡Oh, sí! Y ahora viene lo de más cuidado. En el Pequeño Consejo podría ser que Perrin y los suyos ganasen la votaci6n de remitir la causa al Gran Consejo, por falta de asistencia de alguno de los nuestros. Así, si veo que no tenemos mayoría, yo rechazaré y romperé la proposici6n de Perrin; tú ten en la sala de al lado preparados los arcabuceros, la mecha encendida y una buena secci6n de landsquenetes que sea gente de confianza y dispuesta a todo. Y si los *libertinos* ponen obstáculos, a una se6al mía, sales y haces entrar la fuerza armada para que los coja, como a enemigos de la Religi6n y del Estado. Sin ellos, después ya podremos votar tranquilamente y cumplir la sentencia. Es preciso proclamar el *Salus P6puli*.

—¡Un golpe de Estado!—dijo Lafontaine.

—¡Sí!, es necesario. Con la ley o sin la ley, Servet debe ser condenado. ¡Ve a cumplir las 6rdenes! ¡Ah, y prepara para esta noche una nueva acusaci6n concentrada y fulminada como un rayo del Dios de Israel!

Lafontaine se inclin6 y sali6 del despacho.

Entonces Calvino abri6 la ventana, y se6alando con la mano levantada hacia el Obispado, cuyo tejado refulgía bajo el sol poniente, exclam6:

—¡Ahora, se6or Servet, veremos, de vos o yo, qui6n triunfa!

*
*
*

La cosa pas6 tal como Calvino quería. El Pequeño Consejo se reuni6 en el sal6n del tribunal del Obispado, hacia las doce de la noche del 26 al 27. Al presentar Perrin la proposici6n en que se decía que al Pequeño Consejo no le incumbía, seg6n la ley, fallar la causa, y que ésta debía llevarse al Gran Consejo de los doscientos patricios, Calvino rompi6 la proposici6n. Los perrinistas protestaron en nombre de la Rep6blica de Ginebra, declarándole traidor a la ley y a la patria,

y sacando las espadas iban a cerrar contra él, cuando Lafontaine compareció con los arcabuceros, que les intimaron la rendición apuntándoles, y los landsquenetes, que trataron de prenderles.

D'Arold y unos cuantos de los suyos rodearon a Calvino, protegiéndole daga en mano. Entonces trabóse una lucha cuerpo a cuerpo. Berthelier, cogiendo al capitán de los soldados, alzándole en el aire, tiróle por un ventanal a la calle. Rompió las alabardas de cuatro que le embestían, pero al fin le cogieron. Otros pudieron ganar puertas o ventanas abriéndose paso con la espada, y salieron a la calle. Los candelabros cayeron al suelo, como la mesa del tribunal, y los arcabuceros no se atrevían a hacer fuego por miedo de herir a los suyos en tal torbellino de gente.



Una vez fuera del salón todos los perrinistas, la votación fué de que Servet fuese quemado al apuntar el día. Y Calvino —respirando ya fuerte, como quien se ha quitado un gran peso de encima—, entonó un salmo, que todos a coro respondieron, dando gracias a Dios por haber permitido que fuese condenado el gran heresiarca.

VI

Sonaba en el reloj de la catedral la una de la noche, y mientras en el obispado tenía lugar la última sesión del proceso de Servet, en la hostería de la Rosa pasaban escenas muy diferentes, aunque relacionadas con la misma causa.

La puerta que daba a la plaza de Molard estaba cerrada con aldabas y cerrojos. Sólo quedaban abiertos los postigos de la parte superior que, a través de los cristales emplomados, dejaban ver de tanto en tanto la claridad violenta de los relámpagos, pues relampagueaba. Fuera, el viento silbaba y mugía, y caía una pequeña lluvia helada, que más que agua era nieve que se deshela en la calle. En la gran estancia había una chimenea en la cual ardían gruesos troncos de leña, sobre la barra de unos enormes morillos de hierro forjado. La chimenea era alta, monumental, sostenida por fuertes pilares. Delante había un banco con alto respaldo, todo de roble tallado y esculpido. Iluminaba la estancia una de aquellas gruesas lámparas tan usadas en los grandes caseríos de la antigua Suiza, que consistían en una figura de madera en forma de sirena, de cuyos lados partían, a manera de alas, dos largos cuernos de ciervo, sobre cuyas extremidades se colocaban las velas.

Las mesas, las sillas y bancos de la estancia estaban vacíos, excepto uno colocado cerca de un rincón, sobre el que dormía un campesino embozado en una gran capa de paño pardo. En el gran banco, sentada, calentándose en el hogar, había una dama hermosa, completamente vestida de terciopelo negro, con una golilla de inglaterra, cubierta con un gran manto con capuchón. Estaba ojerosa, y su semblante presentaba indicios de haber sufrido mucho. Era la ilustrísima señora Isabel de Salenove, abadesa y Baronesa de Belleribe y del Eluiset. Cerca de ella, sentada en un escabel, aparecía la hostelera Rosa, que ya no iba enojada, con el corpiño de terciopelo carmesí, el camisón de blancas blondas y las cadenas y alhajas de plata, llevaba sólo un modesto vestido de invierno, completamente cerrado, de estameña oscura, con galones de terciopelo negro. El hombre que dormía era el colono de más confianza que Isabel tenía en sus dominios.

Al saber que la sesión del Pequeño Consejo duraba algunos días, la abadesa, de riguroso incógnito, había entrado en Ginebra, ocultándose en la hostería de la Rosa. Allí había conferenciado con sus amigos del Pequeño Consejo, y estaba esperando el resultado. Perrin y Berthelier le habían asegurado que éste sería favorable, pues harían remitir la causa al Gran Consejo de los Patricios.

Hacía ya buen rato que había dado la una, cuando la abadesa, lanzando un fuerte suspiro, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué impaciencia! Ya han pasado cerca de dos horas y ninguno de nuestros amigos ha vuelto del Consejo. Y eso que, al cenar aquí, prometieron venir lo más pronto posible a traernos nuevas. ¿Qué habrá pasado? Esta sesión, celebrada de noche en el Obispado, en la parte más alta de Ginebra..., qué sé yo..., no me gusta... Si hubiese sido en el Municipio ..

—No desesperéis aún, señora —dijo Rosa—. En este mundo las cosas nunca se realizan tal como se plantean; pero todo esfuerzo da su fruto. Yo tengo una fe ciega en estos buenos señores. Les conozco a fondo, pues son parroquianos nuestros desde hace tiempo, y sé que siempre cumplen lo que prometen.

—¡Ellos, sí! —contestó la abadesa—; pero Calvino es muy astuto, y temo que les haya metido en una encerrona... No, Rosa, yo no estoy tranquila.

La hostelera permaneció silenciosa, y su alma toda voló hacia Servet, de quien, poco a poco y sólo bajo el influjo de su recuerdo, había llegado a enamorarse ciegamente. Miró a la abadesa.

—¡Ella también le ama! —murmuró.

En esto se oyeron pasos y llamaron precipitadamente en la puerta con la señal convenida.

—¡Abrid! —gritó la abadesa—. ¡Son de los nuestros!

Rosa abrió la puerta y entró Perrín, espada en mano, el sombrero estropeado, con las plumas chamuscadas.

—¡No cerréis que aún vienen otros! —gritó, metiéndose dentro.

Y detrás de él llegaron Chautemps, Esteban *Chapeo rojo* y Jessé, que venían corriendo.

La hostelera cerró el pórtico con llave y aldabón cuando todos estuvieron dentro.

—¡Dios mío! —exclamó la abadesa, viendo que venían todos descompuestos, espada en mano. Uno la llevaba rota y la tiró. Los otros la envainaron.

—¿Qué ha pasado?

—Pues... que... ya veréis... —balbuceó Perrín, no pudiendo ni explicarse— ¡que... que ha dado un golpe de Estado.

—¿Quién? —preguntó Isabel.

—¡El, el miserable Calvino!... Cuando yo presenté la proposición, la rompió, y Lafontaine, con una sección de landsquenetes y otra de arcabuceros, ha querido prendernos. Se ha trabado una lucha desesperada, nos hemos defendido; Berthelier rompía las alabardas como si fuesen cañas; ha tirado al capitán por la ventana, pero ha sido preso... con otros. Nosotros hemos salido espada en mano, saltando por las ventanas bajas. Hemos corrido toda la calle de los Canónigos, y al salir, una patrulla nos ha hecho fuego. Hemos cambiado de camino, y gracias a la oscuridad hemos llegado hasta la entrada del Molard, pero nos han visto unos arcabuceros y nos han vuelto a fogear a distancia... y... ¡aquí estamos!

Terminaba de hacer esta relación, cuando se oyeron tres disparos de arcabuz, y poco rato después llamaron apresuradamente a la puerta.

—¡Rosa, abrid! —dijo la abadesa.

Y ésta dió paso a dos caballeros, uno de los cuales tenía la mano ensangrentada. Eran los hermanos Vandel.

—Cerrad —dijo uno de ellos—, cerrad la puerta, que ya no vendrá ningún otro amigo; los que no están aquí es que han sido presos.

—¿Qué tenéis, Vandel? ¿Venís herido? —preguntó Perrin con interés.

—Sí, pero es casi nada; una rozadura de bala. Unos arcabuceros nos han hecho fuego cerrándonos el paso, y nos lo hemos abierto a tajo limpio.

—¡Y pensar que ese malvado, ahora solo con los suyos, habrá condenado ya a Servet —dijo Esteban con gran pena.

Perrín, ya más calmado, hizo señal de que todos se acercasen cerca del fuego. El se sentó en un sillón, a la izquierda de la abadesa. Los otros se acomodaron en sillas y taburetes.

La buena de Rosa repartióles unos pasteles de liebre y dióles a beber algunos vasos de Borgoña viejo. El viento continuaba silbando. Afuera los relámpagos se sucedían, y a lo lejos retumbaban los truenos.

—¡Ánimo, caballeros! —les decía la hostelera—. ¡Para las grandes ocasiones es el valor. Esto os dará fuerza.

Después vendó la mano de Vandel con la pulcritud y el tino que lo hubiera hecho un practicante de cirugía.

—¿Se ha perdido todo? —preguntó la abadesa, temerosa.

—No —le respondió Perrin—. Aun nos quedan veinticuatro horas para deshacer todo esto. ¡Y podemos! ¡Estad bien segura de ello! Todos nuestros principales elementos están intactos. No puede ser que se ejecute a Servet antes del lunes. No hay nada preparado, y habiendo entrado ya en domingo, la ley no permite ejecutar sentencia alguna en día de fiesta. Calvino predica mañana en San Pedro, y allí espera su triunfo, siendo aclamado por los suyos.

—Y bien, ¿qué? —interrumpió Isabel impaciente.

—¡Que San Pedro sea su tumba! ¡Que muera allí con todos sus sectarios! Y sacaremos a Servet de la cárcel, llevándole en triunfo a la Casa de la Villa. ¿Cuántos hombres tenéis armados que puedan bajar en seguida de vuestros dominios?

—Más de ciento —contestó ella— están preparados desde mi salida. No hay más que mandar un emisario a Bresson, uno de mis colonos, ex teniente de landsquenetes, y él los pondrá en seguida en marcha.

—Vos, Jessé, que habéis sido capitán del Duque de Borgoña, podéis ir y mandarles. Que traigan debajo de los abrigos armas cortas. Y que entren en la ciudad dispersados y no todos a la vez. Elegid unos cuantos, los más resueltos y fuertes, y los mandáis a la catedral. A las once, cuando Calvino suba al púlpito, que se encaramen, le cojan, le claven la daga y lo echen abajo. Yo ya tendré unos cuantos de los míos que se encargarán de despachar a Lafontaine, D'Arlod y los otros.

—Dejadme ir —dijo Rosa con toda el alma—. De Lafontaine yo me encargo.

—No, que esto no es cosa de mujeres; vos nos haréis mejor servicio aquí, que será nuestro cuartel general. Entre tanto nosotros, con una sección de los nuestros bien armados, por la mina que comunica el Municipio con el Obispado, entraremos, rendiremos la guardia y libertaremos a Servet. Las campanas de la ciudad tocarán a rebato, y contestarán las de San Pedro cuando los cuerpos de Calvino, Lafontaine, Favel, D'Arlod y otros aparezcan colgados de las gorgolas de la catedral.

—Yo—añadió el *Chapeo rojo*—, como síndico municipal, a prevención me he apoderado de las llaves que abren la mina, y guiaré a los que hayan de entrar en el Obispado. Sé lo que se tiene que hacer para caer de improviso allí. Además, uno de los carceleros, Claudio, ya está de acuerdo con nosotros.

—Vos, Vandel—dijo Perrin al mayor de los dos hermanos—podréis ir a Saboya en busca de soldados del Duque, y esto en seguida. Montad a caballo y por la ribera del lago os marcháis, que aun está oscuro.

—Y después, ¿qué pensáis hacer? —preguntó Chautemps?

—Una vez castigados los autores del golpe de Estado, poner de nuevo en vigor nuestras antiguas leyes civiles. ¡Convocar el Gran Consejo y restablecer la República sobre su verdadera base: el Patriciado; y con esta garantía, proclamar la libertad más amplia! Con el Patriciado de los verdaderos ciudadanos de nuestra raza, se hacen imposibles los golpes de Estado de los aventureros; ¡sí!, de estos extranjeros intrusos que, so pretexto de la salvación universal que predicán a las masas, se erigen en dictadores y coartan las libres expansiones de nuestra vida. Rosa, traed recado de escribir.

La hostelera, presurosa, trajo tinta, plumas y papel, que puso encima de la mesa más cercana.

—Ahora, vos y yo—añadió Perrin dirigiéndose a la abadesa—, a escribir las cartas.

Y cada uno, sentándose en una silla, comenzó su tarea.

—Esta, señor Jessé, es para Bresson, y la llevaréis de mi parte marchándoos en seguida, para llegar a primera hora de la mañana. Id por la parte del lago, que allí la vigilancia es menor—dijo la abadesa.

—Vandel, aquí tenéis esta para nuestros amigos de Saboya. La firmo como representante del Patriado y representante del elemento civil en el Consejo—dijo Perrin, entregando la carta.

Entonces la abadesa se levantó, y tomando una actitud solemne, cogió una cruz de esmeraldas que llevaba en unos rosarios de oro colgados a su cintura, y la levantó diciendo:

—¡Ahora, caballeros, permitidme que os tome juramento de lo que acabamos de convenir!

Todos, levantándose y descubriéndose, la rodearon dispuestos a prestarlo.

—¡Sí!—dijo Perrin, el primero—. ¡Juremos por esta santa cruz no faltar a lo que hemos dicho, y cumplir como buenos, muriendo todos en la empresa si necesario fuese!

La abadesa presentóles la cruz, y todos pusieron su mano encima, exclamando:

—¡Sí; juramos!

—¡Sí así lo hacéis, que Dios os lo premie; y si no, que El os lo demande—díjoles en tono grave.

—Ahora bebamos a la salud de nuestro triunfo—gritó el del *chapeo rojo*—. ¡Rosa, llenad los vasos!

Hízolo Rosa, y todos, vaso en mano, brindaron: “¡Por la salvación de Ginebra! ¡Por la libertad de Servet! ¡Por nuestra República!” Cuando hubieron bebido, Perrin les dijo:

—Ahora, a preparar la lucha. ¡Rosa! Traednos las capas que tengáis de vuestros criados y marmitones, y las gorras. Es más prudente, pues que con los abrigo que llevamos y con las plumas de los sombreros seríamos descubiertos seguramente.

Pronto, Rosa, subiendo arriba, bajó con varias capas y gorras, que los conjurados cambiaron por sus ricos abrigo y sus sombreros guarnecidos.

Perrin continuó:

—Ahora, tapaos bien, e id saliendo. Vosotros, Jessé y Vandel mayor, por la parte del lago. Rosa abrió la puerta de la cocina, y les dijo:

—Por aquí, por la puerta de servicio, podréis salir sin ser vistos.

Y les condujo fuera.

—Nosotros por aquí, poco a poco...

Rosa abrió el portillo de la gran puerta, miró hacia fuera por si se veía alguien, y fueron saliendo, saludando a la abadesa y besándole la mano.

* * *

Una vez que se hubieron marchado los conjurados, la abadesa y la hostelera quedáronse solas, sentadas cerca del fuego, enfrente la una de la otra. El colono dormía en su banco.

—¡Qué ansia más horrible—suspiró Isabel—hasta mañana al medio día!

—¿Por qué no os acostáis, señora?—le dijo Rosa cariñosamente—. Yo me quedaré velando por lo que pueda ocurrir, y, en caso de necesidad, subiré en seguida a avisaros... ¿Veis?... Vuestro acompañante duerme allí como un tronco.

—¡No, Rosa, no! No podría dormir: es mejor que espere. Acabemos de pasar la noche juntas; conversando, se nos hará más corta. Pocas horas faltan para que el día llegue. —Y dicho esto, Isabel exhaló un suspiro como si le saliese del fondo de su corazón—. ¡Pobre Servet! ¡Cuánto debe padecer en el calabozo del Obispado! ¿Le habrán condenado ya a muerte? Es lo más seguro, y tal vez le hayan leído la sentencia... ¡Pobre amigo mío! El, tan bueno, tan dulce, tan sabio, tan elocuente..., tan...

—¡Sí, y tan gentil, y tan hermoso!—añadió Rosa interrumpiéndola. Y agregó—: ¿Le queréis mucho?

—¿Si le quiero?... Con todo mi corazón y con toda mi alma—respondió vivamente—. Rosa, amiga Rosa, no os escandalicéis. Aquí donde me veis, os lo confieso: aunque abadesa, me siento mujer, y mujer apasionada. Ya que la suerte o la desgracia nos ha juntado, bien puedo haceros esta confidencia... ¡Sí!, yo amo locamente a ese hombre. Dotada de un temperamento admirador y reflexivo y con grandes aspiraciones, aunque sentía la necesidad de amar como toda mujer,

nunca había encontrado un hombre digno de mi amor, ninguno que se hiciese admirar por sus grandes méritos. A todos les encontraba o brutales y vulgares, o refinados, vacíos y ridículos. Y pensad el número de pretendientes que habré conocido, en Provenza, en Borgoña, en París y en Roma, yo, la heredera de la muy ilustre casa de Viry. Por eso me consagré a Dios; tuve por Dios un amor místico ideal, y le amé en la Humanidad, haciendo el bien, procurando ser la providencia de todos cuantos me rodeaban. Pero pronto eso no me bastó; sentí en mi alma un vacío que no podían llenar ni la contemplación ni el estudio. Un día leí un libro; lo encontré sublime, y pensé... Dios me perdone..., que quien había escrito cosas tan grandes, bien podría yo haberle amado si le hubiese conocido antes de tomar órdenes. Y me hablaron de él... y un obispo muy docto me dijo que era un genio... y al poco tiempo le ví: iba fugitivo; entró a refugiarse en la abadía, escapando a la persecución de que era objeto. Y yo, acostumbrada a ver que los sabios eran hombres viejos, descuidados y a veces feos, encontréme con que el que había escrito tan sublimes cosas era el caballero más gentil y más arrogante que yo jamás hubiese podido soñar.

—¡Ah, sí!—suspiró Rosa.

—Y le amé inconscientemente, sin darme cuenta. Y poco después estaba enamorada de él como una loca...

Al oír esto, Rosa, la pobre Rosa, rompió a llorar desoladamente.

En esto se oyeron tocar a lo lejos timbales y pífanos. Las dos amigas pararon de hablar y escucharon con atención. El toque de pífanos y timbales iba acercándose.

—¿La diana?—dijo la abadesa—. ¡Qué aprisa ha pasado la noche!

—¡No!—contestó la hostelera, mirando un reloj de pared de una sola aguja—. Si aun no es hora... Aun no apunta el día...

Los timbales se oían ya más cerca.

—Pues, ¿y esos redobles?—preguntó Isabel inquieta.

—¡No sé!—dijo Rosa, temblando de miedo...— ¡Ay, qué presentimiento!...

—¡Abrid la puerta!—gritóle la abadesa—, y veamos lo que pasa.

La pobre Rosa fué a abrir la puerta temblando; en esto el labrador despertó, fregándose los ojos al levantarse del banco en que dormía. Los timbales y pífanos sonaban ya con fuerza, comenzando a pasar por el fondo del Molard.

Isabel, ansiosa, salió a la plaza, tapándose con el manto. Rosa siguióla, y vieron la triste procesión que llevaba a Servedt al quemadero.

—¡Dios mío!—exclamaron—. ¡Achas, soldados, la bandera del Obispado!...

Vibró clara la voz del pregonero que cantaba la sentencia. La procesión se había parado. Servedt, atado, iba delante.

—¡Ah, es él!—prorrumpió con un grito desgarrador la abadesa.

—¡Sí, es él! ¡Pero qué desfigurado!... ¡Van a quemarle!...—añadió la hostelera, y, gritando horripiladas, volvieron ambas a entrar a la hostería, como dos locas, para no ver aquel lúgubre espectáculo.

Isabel, en el dintel de la puerta, levantó las manos imprecando al cielo, y dijo:

—¿Por qué, ¡oh, Dios!, siempre permites que el mejor sea el mártir?—Y extendiendo los brazos, y dando un grito estridente, cayó a tierra de espaldas, inanimada.

Rosa la miró impresionada; volvió a dirigir la vista a la plaza. La comitiva continuaba su marcha. Entonces se fué al mostrador, cogió un trinchante, se lo escondió; inclinóse respetuosamente sobre el cuerpo inmóvil de la abadesa, le dió un beso; le tomó el manto, se arrebujó con él, y, resuelta, salió de la casa.

El colono, no pudiendo explicarse lo que pasaba, quiso detenerla, diciéndole:

—¿Dónde vais?

—¡Ya os lo contarán mañana de día!—le respondió la hostelera; y arrancó a correr hasta confundirse con los que seguían la triste comitiva.

VII

Aun no había amanecido, y ya Miguel Servet, atado de brazos y con la ropa amarilla de los heresiarcas, toda pintada de llamas encarnadas y dragones negros, era conducido por un piquete de alabarderos de Calvino, mandados por un oficial, con sus timbales y pífanos correspondientes. Marchaban detrás del preso unos cuantos arcabuceros con la mecha encendida, a punto de hacer fuego si alguien intentaba librarle. Precedía la comitiva el pregonero con el heraldo que llevaba el estandarte del Obispado. Después de los soldados seguían dos corchetes llevando atados unos libros, que eran las obras de Servet. Y por fin D'Arlod, con dos individuos del Consejo, un escribiente y Lafontaine. Cerraba la comitiva una sección de ballesteros calvinistas. Iluminaban la comitiva unos cuantos familiares vestidos de negro, con achas de viento encendidas. Para hacer arrepentir a Servet se había elegido a Farel, el más fanático y obstinado de los pastores de la secta, el cual marchaba a su lado.

Así recorrieron los trescientos treinta y tres pasos que hay del Obispado a la casa del Ayuntamiento. Una vez allí se pararon delante de un catafalco iluminado con achas, que habían levantado junto a la pared. Allí esperaban las autoridades calvinistas; los otros, o estaban presos o fugitivos, o ni tan siquiera se les había avisado. Los alrededores aparecían ocupados por las turbas sectarias. Una vez llegados, todos formaron en semicírculo. Sonó un redoble de timbales. D'Arlod subió al catafalco y leyó la sentencia. Servet protestó, pidiendo que se le conmutase la pena. Farel, venido exprefeso de Lausana para aquella triste jornada, le propuso que abjurase y se retractase de sus errores sobre la Trinidad y sobre el Hijo eterno de Dios.

Servet le miró con desprecio y le dijo:

—¡En todo caso será el Hijo de Dios eterno, ignorante!

La turba calvinista gritó:

—¡Muera! ¡Muera! ¡Que le quemem!

Farel les arengó, diciéndoles que siguiesen la comitiva y verían cómo se quemaba al heresiarca.

—Soy inocente—gritó Servet—. ¡Si no me comprendéis y sois cristianos, al menos tenedme misericordia!

—Si no callas te abandono—le dijo Farel.

—¡Vete, mal hombre—le contestó Servet—, a no ser que Dios me reserve el morir al lado de un malvado, como a Cristo cerca del mal ladrón!

Tocaron los timbales y pífanos, y aquella negra procesión se puso en marcha, seguida de las turbas calvinistas. Pasó por la plaza del Barrio del Horno, siguió por la calle de los Caldereros y llegó al portal de San Antonio cuando empezaba a amanecer. Las puertas ya estaban abiertas. Se veía el campo y el camino llamado la calle de la Mala Sombra—*la route Mal Hombrée*—, a causa de las horcas que lo llenaban, colgando de ellas cadáveres o tan sólo esqueletos, que en los días de sol y noches de luna proyectaban su sombra siniestra sobre la vía. El campo estaba todo nevado, el cielo gris; soplaban un viento frío, y sólo en el horizonte se divisaba un poco de claridad pálida.

Llegada la procesión a la puerta, el pregonero tocó la trompeta, y cantó con voz estridente y fuerte:

—Por orden de Justicia, el Consejo de Ginebra, que vela por la salud del Estado, condena al reo Miguel Servet y Revés, natural de Vilanova, del reino de Aragón, obispado de Lérida, por los horribles crímenes de herejía, blasfemia y atentados contra los fundamentos de la Cristiandad y contra el Estado de Ginebra, a ser quemado vivo en el llano de Champel.

Aquí Farel volvió a dirigirse a Servet, que escuchaba el pregón con calma estoica.

—Abjura tus errores; si no, el Dios de Israel...

—¡Imbécil!—gritóle Servet, interrumpiéndole—. Dios no pertenece ni puede pertenecer a un solo pueblo, y menos a un pueblo de judíos.

Farel se retiró amoscado.

La comitiva iba a ponerse en marcha, cuando a un niño pobre, descalzo, que estaba cerca de él mirándole con ojos de compasión, le cayeron las lágrimas.

—¿Por qué van a matarlo—dijo—sí a mí me curó?

Servet se sacó con los pies los zapatos de terciopelo que llevaba y dióselos al muchacho, diciéndole:

—¡Toma, es lo único que puedo dartel! Todo me lo han quitado, y ahora van a quitarme la vida. A ti te servirán, que a mí de bien poco ya podrían servirme...

Volvieron a tocar los timbales y pífanos, y la comitiva otra vez púsose en marcha. Al ir a salir por el portal, una mujer, cubierta con un manto negro, le tiró un beso con la mano. El sonrió y la miró con cariño.

Era Rosa, que iba confundida entre la turba y le daba el último adiós.

Servet pasó toda la calle de la Mala Sombra—su Calle de Amargura—, alta la cabeza y serena la mirada. Al final, al bajar una pequeña pendiente, entraron en el llano llamado *El Hoyo del Verdugo*, y por fin llegaron a los *montículos de Champel*, pequeñas alturas cubiertas de hierba que accidentaban la llanura. La pira se había levantado al lado de una de estas pequeñas colinas, para que el viento húmedo no tocara la leña y privase de encenderla. No muy lejos había un *chalet* con galería de madera. Arriba, desde una ventana, se dice que, escondido, presencié Calvinó el suplicio.

Al lado del montón de leña estaba de pie un hombre vestido de encarnado, cubierto con una capa de igual color, con la capucha puesta. Era el verdugo. Cerca de él estaban los corchetes. En tierra, clavada, flameaba una antorcha encendida. Del centro de la pira salía un vástago de hierro.

Al llegar la comitiva se colocó a distancia, rodeando la pira, dejando en medio a Servet, a D'Arlocl, a Farel, a Lafontaine y alguno más del Consejo, con el escribano y los que llevaban los libros. El pueblo se colocó más allá; algunos, para ver mejor, subieron a los montículos. Se volvió a leer la sentencia. Farel, por última vez, intimó al reo que abjurara sus errores.

Servet le miró, despreciándole.

—Mis ideas no son errores—dijo con firmeza.

Entonces Farel cogió de entre los libros uno grande y lo dió a los corchetes para que se lo atasen, abierto, sobre el pecho. Era su última obra, *Restitutio Cristianismi*. Una vez hecho esto, Lafontaine gritó:

—Ponedle en la cabeza la corona de los heresiarcas.

Y un ayudante del verdugo se adelantó con una corona hecha de sarmientos y pámpanos secos untada con trementina, alquitrán y azufre, y se la puso en la cabeza.

—¡A Cristo le coronaron de espinas; a mí de fuego!—exclamó Servet, exhalando hondo suspiro.

Los ayudantes del verdugo le empujaron y le hicieron subir encima del montón de leña, atándole con cadenas a la barra de hierro. A los pies le echaron los otros libros. Lafontaine adelantóse, alzó la vara y gritó:

—¡Que se cumpla la sentencia!

El verdugo cogió la antorcha y empezó a pegar fuego al montón por abajo; pero como la leña se había mojado con la nieve que había caído, la llama no prendía; solamente un poco de humo se levantaba de alguna astilla de la parte inferior.

Servet, severo, mirando fijo a Lafontaine, le dijo:

—Con las joyas y los cien escudos soles de oro que me robasteis, ¿no habéis tenido bastante para comprar un haz de leña seca?

Entonces algunos fanáticos corrieron hacia la vecina "Finca de los Veruets", y volvieron llevando algunos haces de sarmientos que tiraron a la hoguera, encendiéndola en seguida.

El fuego se avivó y grandes llamas se levantaron, cubriendo al mártir. Un grito de dolor

inexplicable, grito de sufrimiento terrible, subió hasta el cielo, siendo repetido por el eco de las montañas lejanas. Al poco tiempo no quedaban del gran sabio más que un montón de cenizas confundidas con las de la leña.

La comitiva se deshizo, volviéndose a Ginebra por grupos: la plebe protestante marchóse cantando salmos. Cayó una fuerte nevada, obligándoles a volver a prisa. Lafontaine y el escribano atravesaron un bosque, dirigiéndose al *chalet* más cercano.

—Vamos, vamos a redactar el acta—dijo el primero a su compañero.

Y una mujer tapada, saliendo de la espesura, por detrás:

—¡Ve a redactarla al infierno!—le gritó, hundiéndole en el cuello un gran cuchillo.

Era la hostelera Rosa. Había dicho que lo mataría, y había cumplido su palabra.

*
* *

Al día siguiente, a medio día, habiendo cesado ya de nevar, salían de Ginebra, por la misma puerta de San Antonio, un grupo de hombres de armas, guiados por el escribano, a buscar el cuerpo de Lafontaine; llegados al lugar, le hallaron casi todo cubierto de nieve, el cuchillo clavado al cuello y la cara medio roída por los cuervos.

Y a lo lejos oíase el triste sonido de las campanas de la abadía de Belle-rive que tocaban a muerto por la abadesa, la cual estaba extendida de cuerpo presente en la sala capitular, sobre un suntuoso catafalco rodeado de cirios.

FIN



Restan pocos ejemplares de este hermoso número extraordinario que tanto aprecio viene mereciendo de toda persona estudiosa, y del cual hemos tenido que hacer dos ediciones.

Se trata de un precioso volumen de gran utilidad, por los provechosos conocimientos que sus páginas encierran. De su importancia cultural y científica se ha ocupado toda la prensa con sentidos y unánimes elogios.

Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalo hoy mismo a ESTUDIOS. Apartado 158.—Valencia.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

Con el fin de que los lectores de ESTUDIOS en todos los casos de índole privada y de anomalía fisiológica, puedan recurrir al tratamiento y a la orientación de aquellos hombres que a sus conocimientos científicos unen sus ideales de regeneración física y moral de la humanidad, insertamos a continuación los nombres de los doctores que forman parte del Consultorio Médico de ESTUDIOS y a los cuales pueden consultar nuestros lectores personalmente o por correspondencia:

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

VÍRGALA MAYOR (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia, Cromoterapia, Fototerapia, Electricidad, Sol artificial, Rayos X, Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 64. — Diciembre 1928

Córtese el adjunto cupón e inclúgase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.